

Diócesis de Osma-Soria



BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLVII (157) Nº 2

| marzo - abril 2016 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 52
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

Sumario

Obispo diocesano	51
Homilías	51
Día del Seminario	51
Domingo de Ramos	53
Misa crismal	54
Jueves Santo	58
Viernes Santo	60
Vigilia pascual	61
Pascua de Resurrección	63
Fiesta de la Divina Misericordia (II Domingo de Pascua)	64
Jubileo de las familias	66
Misa de despedida de la Diócesis	69
Radiomensajes Cadena COPE	71
El Sacramento del perdón en el Año de la misericordia	71
En el Día del Seminario	72
Es Domingo de Ramos	74
¡Feliz Domingo de Resurrección!	75
Fiesta de la divina misericordia	76
He sido nombrado Obispo de Ciudad Real	77
Testigos del Reino de Dios	78
Las obras de misericordia en el Jubileo	79
Decretos	80
Decreto de confirmación de las facultades del Vicario General y de los Vicarios episcopales	80
Vicaría General	81
Cartas	81
Solemnidad de san José	81
Despedida del Sr. Obispo de la Diócesis	82
Otros	83
Discurso en la Misa de despedida de la Diócesis de Osma-Soria del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa. Concatedral	83
Discurso en la Misa de despedida de la Diócesis de Osma-Soria del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa. Catedral	86

Secretaría General	89
Nombramientos	89
Otros	89
In memoriam	89
Rvdo. Sr. D. Luciano Jiménez Ortega	89
Rvdo. Sr. D. Albino Tutor Sainz	89
Vida diocesana	90
24 horas para el Señor	90
30 parejas en el VI encuentro del Obispo con los matrimonios	90
Más de 260 sorianos peregrinan al castillo de San Francisco Javier	90
Las cofradías y la misericordia	91
La Casa de acogida “Beato Palafox” ha sido reabierta	91
Semana vocacional	92
Santa Misa Crismal	92
“Elías y el ángel” en Aqua	93
Actividades de Manos Unidas	93
La Diócesis de Osma-Soria con Ucrania	93



OBISPO DIOCESANO

HOMILÍAS

Día del Seminario

Parroquia de Santa Bárbara (Soria), 13 de marzo de 2016

Queridos diocesanos y amigos del Seminario:

Un año más celebramos en toda España este día importante para las diócesis y, por lo mismo, también para la nuestra. El día del Seminario viene este año con un lema acorde con el Jubileo de la Misericordia que estamos celebrando: *"Enviados a reconciliar"*. Cristo vino a este mundo para mostrarnos el verdadero rostro de Dios, para revelarnos su verdad más importante: que Dios tiene un corazón de padre y de madre, capaz de compadecerse de los pecados y miserias del ser humano, de darle su perdón y de llenarlo de amor y de ternura, a pesar de sus muchos pecados. Ésta es la enseñanza fundamental que el Señor muestra a sus discípulos de dos maneras: a través de su forma de proceder, que es siempre el perdón y la misericordia con los pecadores, y a través de las parábolas desde las que enseña cuál es la verdadera identidad de Dios.

Cristo, una vez cumplida su misión en este mundo y vuelto al Padre, deja la tarea en manos de los apóstoles para que lleven la Buena Noticia del Evangelio al mundo entero y ayuden y alienten a los pecadores a cercarse al perdón de Dios, que dejó en sus manos cuando les dijo: *"Lo que atareis en la tierra quedará atado en el cielo"* (Mt 18, 18); todo lo cual se ha hecho realidad en la Iglesia perennemente a través de todos los siglos por medio los Obispos como sucesores de los apóstoles y los sacerdotes como primeros colaboradores de los Obispos.

Por eso, Cristo a través de los siglos ha seguido llamando a jóvenes al sacerdocio para que siga habiendo ministros que ayuden a acercarse a los pecadores a Dios y a la Iglesia, con la confianza de recibir el perdón a través de sus manos. La misericordia de Dios infunde en nosotros esperanza y nos llena de alegría y nos hace conocer y vivir personalmente la alegría que Dios siente en su corazón cuando un pecador se acerca a recibir su abrazo de perdón, de ternura y de misericordia. La misión de la Iglesia es acercar a los pecadores a las Fuentes de la misericordia. En el centro de la Misericordia está el sacramento del perdón, por medio del cual nos llega la paz y el perdón, a través de la absolución sacramental del sacerdote, que nos reconcilia con Dios y con la Iglesia. Decía San Juan Pablo II: *"La Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora"* (*Dives in misericordia*, 13). El papa Francisco dice también: *"ponemos en el centro el sacramento de la reconciliación porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior"* (*Misericordiae vultus*, 17).

Por eso necesitamos que siga habiendo sacerdotes en nuestra Iglesia y en nuestras comunidades cristianas, para que nos sigan enseñando que Dios es misericordioso, que el corazón de Dios es un corazón compasivo, capaz de perdonar nuestros pecados. Necesitamos que Dios siga suscitando vocaciones al servicio de la reconciliación de los hombres; de ahí el lema de este año, *“Enviados a reconciliar”*.

Pero hoy, lo sabemos bien, los jóvenes tienen muchas dificultades para responder generosamente a esta misión que exige entregar la vida a fondo perdido al servicio del Evangelio y de la misión que Cristo les encomienda. Estas dificultades pueden venir de varios flancos. Se encuentran muy solos en medio de una sociedad que valora sólo lo material y el pasarlo bien a costa de lo que sea. Falta apoyo e ilusión desde las familias, incluso desde las familias cristianas, porque la “carrera de cura” no tiene prestigio en la sociedad actual y por eso las familias no animan ni apoyan a sus hijos a que se pregunten por la posible llamada de Dios para que sean sacerdotes. La misma fe de los jóvenes es, cuando menos, poco consistente y flaquea ante las mínimas dificultades.

Nuestros seminarios están cada vez más vacíos no porque falten llamadas de Dios, sino porque faltan respuestas por parte de las personas. Frente a esta realidad tenemos que reaccionar todos, no sólo el Obispo cuando unas parroquias se quedan sin sacerdote y no encuentra recambio para ellas porque no hay a quien enviar.

Las vocaciones sacerdotales deben ser una preocupación de toda la comunidad, porque cada comunidad quiere tener un sacerdote que les atienda y que les ayude. La promoción de las vocaciones sacerdotales tiene su primer ámbito en las familias, que siempre han sido el primer seminario de donde han surgido tales vocaciones. Si hoy este apoyo y ánimo por parte de las familias falta, está faltando lo más fundamental. La promoción vocacional debe ser un tema que no pueden saltarse los catequistas en la formación de los adolescentes y jóvenes en el momento de recibir el sacramento de la confirmación. Esta promoción vocacional debe estar presente en cualquier trabajo pastoral con jóvenes, a los que tenemos que ayudar a plantear su vida como respuesta a lo que Dios pide de ellos.

Las comunidades cristianas en su conjunto, apreciando y valorando la tarea sacerdotal, deben ser instancias que animen a los jóvenes a ponerse al servicio de Dios y de sus hijos. Los sacerdotes han de promover las vocaciones sacerdotales desde un doble ángulo: desde la vivencia gozosa del sacerdocio, y haciendo abiertamente y sin miedo la propuesta vocacional explícita a algunos jóvenes con particulares inquietudes, para que lo piensen, lo maduren y puedan responder.

Todos podemos cumplir con el deseo de Cristo cuando les decía a los apóstoles: *“la mies es mucha y los obreros son pocos, rogad al Dueño de la mies, que mande obreros a su mies”* (Mt 9, 37). Todos tenemos que rezar por las vocaciones al sacerdocio, para que el Señor que sigue llamando, conceda la gracia necesaria a los que llama para que respondan generosamente.

“Enviados a reconciliar”. Si queremos seguir teniendo sacerdotes que nos enseñen y nos recuerden que Dios es Padre compasivo y misericordioso, si queremos tener ministros de nuestra reconciliación con Dios y con la Iglesia debemos tomarnos con muchísimo más interés y poner de nuestra parte lo que sea necesario para que siga habiendo jóvenes que se interesen por la llamada de Dios y le respondan generosamente. Que el Señor nos ayude a lograrlo.



Domingo de Ramos

Concatedral, 20 de marzo de 2016

Ilmo. Cabildo de esta Concatedral de San Pedro de Soria, Hermanos mayores y Hermanos cofrades de las Cofradías del Santo Entierro y de las Caídas de Jesús, queridos hermanos todos:

Comenzamos en este Domingo de Ramos la Semana grande y santa de los cristianos. Grande y santa porque en ella conmemoramos los grandes acontecimientos de nuestra redención: los acontecimientos de la condena, la muerte y la resurrección de nuestro Señor por nuestra salvación. Acabamos de venir en procesión aclamando a Cristo como el Rey bendito que viene en el nombre del Señor, rememorando su entrada triunfante en Jerusalén cuando los niños hebreos y todos sus seguidores le aclamaban como el que viene en el nombre del Señor. Por otra parte, acabamos de leer la Pasión del Señor que nos recuerda la persecución, condena, sufrimiento y muerte por los que pasó Jesús para redimir al género humano. El Domingo de Ramos resume así el significado de toda la Semana Santa como conmemoración de la muerte y resurrección del Señor. Hemos proclamado a Jesús como rey, pero un rey humilde, por eso entra montado en un pollino, que nunca ha sido signo de caballería real, sino signo de humildad. Cristo así aparece como el Rey humilde que no viene a ser servido sino a servir y entregar su vida por nosotros. Este mismo significado de Rey que se entrega por los hombres lo muestra la lectura de la pasión. Cristo es Rey pero su trono no es un trono real lleno de riquezas y sirvientes. El trono de su reinado es la cruz y su reinado es un reinado desde la cruz.

El Domingo de Ramos nos enfrenta a este doble significado: por una parte, la aclamación de Cristo como Rey que viene en el nombre del Señor a salvar a los hombres y redimirlos del pecado; por otra, se anuncia, ya desde ahora, desde dónde va a salvar a los hombres y se va a constituir en Rey y Soberano de todos, desde su muerte y su resurrección, de la cual vamos a participar todos y en virtud de las cuales seremos salvados

Al aclamarlo Rey por nuestras calles estamos proclamando ante el mundo que Cristo es el triunfador definitivo sobre la muerte, que ha sido enviado por el Padre y que ha aceptado libremente entregar su vida por todos los hombres para vencer definitivamente la muerte y salir victorioso en su resurrección. Hoy por las calles le hemos proclamado nuestro Rey, porque estamos convencidos de que Él, con su muerte y su resurrección, nos ha ganado para todos la pertenencia como miembros del Reino de Padre.

Con la celebración de la fiesta del Domingo de Ramos comenzamos la Semana Santa. Es nuestra semana grande, la semana de todos los que creemos en Jesús, que queremos acompañarlo paso a paso por todo lo que tuvo que sufrir por nosotros y queremos con Él resucitar, vencedores de la muerte para siempre. Por eso, es importante que al comienzo de la misma sepamos con qué actitudes queremos vivirla y qué espíritu nos pide a todos y cada uno de los que somos y nos decimos seguidores y discípulos de Jesús.

Hoy no tenemos nada más que echar un vistazo a nuestro alrededor: a nuestras propias familias, a nuestros vecinos, a los que nos acompañan en estos días, a la televisión y a la prensa para descubrir que hay varias maneras de celebrar la Semana Santa y de la actitud que tomemos cada cual dependerá que dicha celebración sea una celebración auténticamente religiosa o se convierta en otra cosa que tiene o muy poco o nada que ver con la

fe convirtiéndola simplemente en unas vacaciones de primavera, o en un puro espectáculo al que asistimos como espectadores o en una semana más del año sin mucho o sin ningún significado importante.

Para muchos de los que se llaman cristianos esta semana pasa sin pena ni gloria. Los días del Triduo Pascual se aprovechan no para contemplar a Cristo que sufre, muere y resucita por nosotros, sino para irse de vacaciones a la playa o a la montaña y no acordarse para nada de que, como cristianos, estos días tendrían que decirnos mucho más y aprovecharlos para cultivar nuestra espiritualidad y actualizar y madurar nuestra fe.

Se puede vivir la Semana Santa participando en ella como meros espectadores externos y ajenos a la misma: se trata de aquellos a quienes gusta el espectáculo de contemplar las procesiones como algo puramente turístico y lleno de belleza, pero sin implicar para nada su fe. Otros la viven como cofrades de una determinada hermandad penitencial, pero sin vivir su verdadero significado, porque no participan en las celebraciones litúrgicas en las que se rememora y actualiza la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Para ellos la Semana Santa indudablemente que es una expresión de su fe personal, pero reduciéndola a eso, a una mera devoción personal, a una mera tradición, a un puro sentimiento hacia su paso o imagen que representa a su cofradía. Qué importante sería que los cofrades, que salen con verdadera devoción a honrar a su "paso" en las procesiones, participaran antes en las celebraciones litúrgicas y así su vivencia de la Semana Santa y su significado serían completos.

Otros, entre los cuales quiero pensar que estamos todos nosotros, tratan de vivir la Semana Santa en todo su significado: participando en los misterios de la redención, acercándose al sacramento del perdón, rezando al Santísimo presente en los monumentos, viviendo y participando con verdadero espíritu de fe en la liturgia de estos días, y manifestando su fe en las procesiones como expresión de lo que llevan dentro de su corazón.

Vamos a pedirle en esta Eucaristía al Señor, que esta Semana Santa de 2016 no sea una más sin sentido en nuestra vida, sino que tratemos de vivir su pleno significado, acompañando a Cristo que se entrega a la muerte por nosotros y resucita para que nosotros también podamos resucitar con Él y ser salvados y vivir como verdaderos hijos suyos.

Misa crismal

Catedral, 23 de marzo de 2016

Queridos sacerdotes del presbiterio diocesano, queridos seminaristas, Junta directiva de la Cofradía de los misterios y del santo entierro de Cristo, y queridos hermanos todos que habéis querido participar junto con los sacerdotes en esta misa en la que bendeciremos los santos óleos y consagraremos el Santo Crisma, que utilizaremos en la administración de los distintos sacramentos.

Hoy es, queridos sacerdotes, un día muy importante para nosotros. En esta Eucaristía renovaréis vuestros compromisos sacerdotales de disponibilidad y de entrega total al servicio del ministerio que se os ha confiado y para el que os ha elegido el Señor. Renovaréis, igualmente, vuestros compromisos de mantener viva la fraternidad y comunión con el Obispo y de luchar por la santidad a la que el Señor os ha llamado y de la que se derivan vuestra entrega y vuestra disponibilidad ministerial.



Aunque todo el Pueblo Santo de Dios, en virtud del bautismo, es sacerdocio real en Cristo, sin embargo el mismo Jesucristo eligió en la Iglesia a algunos de sus discípulos para que desempeñasen, en nombre suyo, el oficio sacerdotal para bien de los hombres. Él envió a sus apóstoles por el mundo para continuar su misión de Maestro, Sacerdote y Pastor. Esta misión se continúa a través de los siglos por medio de los obispos sucesores de los Apóstoles. Los presbíteros sois colaboradores de los obispos, con quienes, en unidad de sacerdocio, sois llamados al servicio del pueblo. Hoy, queridos sacerdotes, es un día importante para todos nosotros; para expresar el gozo y la alegría de ser lo que somos, por haber sido elegidos por Cristo para continuar su misión en el mundo. Hoy es un día importante también para refrescar el significado de nuestra identidad sacerdotal. Jesús eligió a sus apóstoles y nos ha elegido a cada uno de nosotros para una doble misión: para que estar con Él y para enviarnos a predicar.

Hemos sido elegidos. Ha sido el Señor quien nos ha elegido y lo ha hecho no por nuestros méritos ni por nuestra valía personal, no porque fuéramos más capaces e inteligentes que los demás, ni siquiera por ser los mejores. Nos ha elegido porque Él ha querido. Como dice San Marcos: *“Subió al monte y llamó a los que él quiso”* (Mc 3, 13). Nadie merece personalmente la llamada al sacerdocio. Una realidad ésta que nos pone más claramente de manifiesto que, como sacerdotes, debemos vivir en una actitud de plena gratitud al Señor. Ser sacerdote es puro don, puro regalo de Dios. Ha sido Dios quien ha fijado su mirada llena de cariño en nuestra pobreza personal y nos ha elegido para que seamos los continuadores de su obra y de su misión. Sentirnos sacerdotes así, no por nuestros méritos sino porque Dios se fijó en nosotros y nos llamó, debe hacernos exclamar espontáneamente: “gracias, Señor, por haberme llamado, gracias por el regalo del sacerdocio”.

Hemos sido elegidos, por tanto, para estar con Él. Porque estando con Él le vamos a conocer. Vamos a conocer cómo vive, qué es lo que valora, cuál es su estilo de actuar, cuáles son sus prioridades, para poder nosotros seguir su mismo estilo de vida y encarnar en nosotros sus actitudes personales. Este estar con Él pide de nosotros estar bien arraigados en su Palabra. Decía Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: *“la gente exige a los evangelizadores que hablen de un Dios a quien ellos conocen y a quien hablen familiarmente”* (nº 76). San Agustín, hablando de este arraigo en su Palabra, dice que el sacerdote es y debe ser un contemplativo de la Palabra. Estar arraigados en la Palabra supone, en primer lugar, su escucha antes de proclamarla. Supone, igualmente, coherencia entre el anuncio y la conducta de quien la anuncia. No podemos hacer el anuncio de la Palabra como si ésta no tuviera nada que ver con el anunciante. Estar con Él nos pide que Él sea el centro real y vital de nuestra vida. Que estemos verdaderamente enamorados del Señor.

Por eso hoy, que renovamos nuestras promesas sacerdotales y muchas veces a través de nuestra vida, tendremos que revisar si escuchamos su Palabra antes de proclamarla; si somos coherentes con la misma; si Jesús y su mensaje son el centro de nuestra vida, o este centro está ocupado por otros intereses; si realmente hablamos de Dios como alguien familiar a quien conocemos bien o hablamos de memoria; si de verdad somos auténticos enamorados del Señor. Tenemos que revisar si nuestra forma de actuar es el mismo estilo de Jesús; si sus prioridades son las nuestras y si nuestra vida refleja claramente la suya.

Seguro que todos alguna vez hemos dicho a los demás, a los feligreses, que en el seguimiento de Cristo no vale todo: que no vale un discipulado descafeinado y acomodado, sino que debe ser un seguimiento auténtico y comprometido. Esto mismo debemos repetírnoslo a nosotros como evangelizadores: no vale ser unos evangelizadores de mínimos, ni desca-

feinados que queremos predicar a Cristo pero al mismo tiempo queremos vivir con criterios y motivaciones mundanas. Es desde ese estar con Él, desde la contemplación de su persona y de su palabra, desde donde hemos de aprender la autenticidad y exigencia de nuestro seguimiento, de nuestra misión evangelizadora. Esto quiere decir que hemos de cuidar con todo el esmero ese estar con Él en la oración, en la contemplación, en la reflexión sobre su estilo de vivir y sus palabras, que la oración no puede ser la hermana pobre de nuestra vida que siempre sale perdiendo en tiempo, en dedicación, en constancia e intensidad; porque sólo desde ella sabremos situarnos como verdaderos seguidores, discípulos y apóstoles del Señor.

Otra parte de esa misión que nos ha confiado y para la que nos ha elegido es que nos ha elegido para enviarnos a predicar, a enseñar a los demás todo lo que hemos aprendido de Él; nos envía a ser misioneros que lleven el Evangelio a todos los hombres, estén en la situación que estén y vivan en la situación que vivan : *“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado”* (Mt 18, 19-20). Somos enviados por el Señor a ser misioneros, es decir portadores de la persona y del mensaje de Jesús en medio de nuestro pueblo; algo que sólo haremos si estamos en medio del pueblo, conociendo sus propias situaciones, haciendo camino con él, para poder iluminar con la Palabra del evangelio las distintas situaciones por las que atraviesa cada uno de los miembros de ese pueblo.

Somos enviados a ir al pueblo. Unas veces tendremos que ir delante señalando el camino; otras tendremos que ir detrás animando a los rezagados y desanimados; pero siempre en medio del pueblo acompañándolos en su caminar y ayudándoles a ver a Dios en medio de ellos. Ése es el significado de la expresión del papa Francisco *“oler a oveja”*, oler a pueblo, porque estamos en medio de él. Hoy somos especialmente enviados a estar presentes en tres tipos de situaciones que, respecto a Cristo y respecto a la fe, están viviendo las personas de nuestro mundo actual, de nuestra diócesis y de nuestro pueblo.

Los que están cerca del Señor y cerca de la Iglesia y quieren vivir el seguimiento de Jesús con fidelidad. A ellos hemos de ayudarles a plantearse su camino y su vida cristiana en toda su exigencia y acompañarles para que su vida sea una respuesta auténtica, en fidelidad y coherencia a lo que el Señor y su identidad de creyentes les pide hoy. Otro tipo de personas a las que somos enviados especialmente hoy es a todos aquellos que un día creyeron pero hoy su fe o es muy débil o ha desaparecido y se mantienen en la indiferencia ante el Señor y su mensaje. A estos hemos de volver a anunciar el mensaje de Jesús. Ayudarles a que redescubran que sólo el Señor y su mensaje son los que pueden dar sentido auténtico a su vida. Ayudarles a que sean conscientes de que los valores efímeros de la mundanidad que la sociedad les ofrece, sólo deja en ellos vacío y desorientación. Hemos de ayudarles a volver a valorar a Jesús y la fe en Él. Hemos de ayudarles a ser conscientes del amor que Dios les tiene. Que Dios no es indiferente a ellos ni a sus vidas ni a lo que a ellos les preocupa. Que Dios les espera lleno de paciencia. Que el Señor les sigue queriendo y sigue pendiente de ellos, esperando su vuelta, para alegrarse mucho por ello, como lo hizo con el hijo pródigo.

Un tercer tipo de personas a las que somos especialmente enviados hoy es a los que nunca estuvieron cerca porque no conocieron a Jesús ni su mensaje porque nadie se lo dio a conocer, porque desde siempre han recibido las llamadas de una sociedad sin Dios, que llama a vivir como si Él no existiera. A ellos se nos envía a hacerles ese primer anuncio del amor de Dios, el anuncio de que, por amor a ellos, Dios Padre envió a su Hijo a hacerse hombre para que los hombres llegáramos a ser hijos de Dios.



A nosotros como evangelizadores se nos pide llegar a todas las situaciones por las que atraviesa el pueblo que se nos ha encomendado, sin olvidar ni descuidar ninguna de ellas. El llegar a todos exige de nosotros valentía, quitar los complejos, disponibilidad total al servicio de la misión para no escatimar ni tiempo, ni medios al servicio de la misma. Somos sacerdotes todas las horas del día y nuestra disponibilidad para la misión debe ser todas las horas del día, sin guardarnos nada para nuestro jardín privado. Por eso, no podemos conformarnos con seguir haciendo lo de siempre y con los de siempre y conformarnos con mínimos; no podemos, como nos dice el Papa Francisco, quedarnos acariciando y peinando a la oveja que tenemos en el redil, mientras descuidamos a las 99 que se nos van escapando del mismo.

Como pastores debemos estar preocupados y mucho por el hecho de que cada vez sean menos los que tenemos cerca y muchos los que se alejan y son indiferentes y no quieren saber nada de Dios ni de la fe. Preocupación ésta que debe llevarnos no a lamentarnos de la situación ni a desesperarnos ni a quedar paralizados por la situación. Esta preocupación debe ser el motor que impulse nuestro trabajo, nuestra dedicación, uniendo fuerzas con los demás evangelizadores -religiosos y laicos- que luchan por el mismo fin: saliendo todos de las sacristías para evangelizar en medio del pueblo. El sacerdote, el evangelizador, debe ser la persona más conocida del barrio, del pueblo, del territorio de la parroquia, porque la patea y se encuentra diariamente con todas aquellas personas y situaciones que necesitan de su iluminación evangelizadora y misionera.

Hemos de buscar a tantas ovejas descarriadas o equivocadas o que no han encontrado el norte de Dios, para hablarles de Él y su mensaje, insistentemente, con ocasión y sin ella, como diría San Pablo a Timoteo; con valentía por nuestra parte, sin miedos ni complejos; olvidándonos de nuestra comodidad y entregándonos de lleno y en totalidad al servicio del anuncio del evangelio. Tenemos que sentirnos cansados al final del día, pero no un cansancio que surge del lamento ni del derrotismo. Ese es un cansancio que harta y nos hace sentirnos mal. Se trata de un cansancio gozoso, el de quien ha cumplido durante el día la misión que tiene encomendada y se siente alegre y satisfecho de haberlo hecho.

Todo esto pide de nosotros. Vivir nuestra realidad evangelizadora con alegría, nunca con desánimo ni con lamento, ni llevándola a rastras, como un fardo pesado que nos han cargado a las espaldas. Pide de nosotros tener a Cristo realmente como el centro de nuestra vida y de nuestra motivación para actuar y vivir con su mismo estilo. No dejarnos dominar por la mundanidad y sus motivaciones en nuestra vida. Salir de nuestras seguridades y potenciar la creatividad. Buscar nuestra fidelidad a la misión y no buscar nuestro éxito personal. Saber ser muy pacientes para medir los resultados, sabiendo que nuestra tarea es sembrar y es Él, el Señor, quien tiene que hacer fructificar lo sembrado, sabiendo esperar a que el Señor haga prosperar las obras de nuestras manos.

Vamos en este día tan especial para nosotros a dar gracias al Señor por su elección y su encomienda. Vamos a pedirle que nos haga verdaderamente esos colaboradores suyos con el estilo que Él quiere y con la entrega que la misión y las comunidades necesitan. Que María, estrella de la nueva Evangelización, nos ayude a ser evangelizadores misioneros que llevemos el evangelio de su Hijo a tantas personas como le están necesitando en la sociedad actual y así cumplamos con la misión para la que Él nos ha llamado. Que así sea.

Jueves Santo

Catedral, 24 de marzo de 2016

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1).

Éste es el primer mensaje que nos transmite la celebración de esta tarde: el amor de Dios a los hombres. Todo en el Jueves Santo nos habla de amor, el amor de Dios a los hombres: un amor hasta el final, hasta la entrega total de Dios a través de su Hijo. Dios mismo, en la persona de su Hijo, se entrega totalmente por nosotros compartiendo, nuestra misma vida y nuestra condición, siendo uno más, igual que nosotros en todo menos en el pecado, que comparte nuestras debilidades humanas y nos enseña cómo hemos de amar nosotros a los demás, desde el servicio y la disponibilidad ante sus necesidades.

Él, siendo Dios se hizo siervo, servidor nuestro: *“y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en la jofaina y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido”*. También nosotros debemos ser servidores los unos de los otros. Él hizo este camino por amor. Nosotros hemos de amarnos y ser servidores en el amor. Ésta es la herencia que nos deja Jesús. El gesto del lavatorio de los pies es un gesto simbólico: lo hacían los esclavos, los siervos, a los comensales, a la gente que venía al almuerzo o a la cena porque en aquel tiempo las calles eran todas de tierra y cuando entraban en casa era necesario lavarse los pies. Jesús hace un gesto, un trabajo, un servicio de esclavo, de siervo, y esto nos lo deja como herencia para nosotros: *“Vosotros me llamáis «el Maestro» y «el Señor», y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros”* (Jn 13, 13-15). Dentro de unos momentos un servidor repetirá el gesto de Jesús, pero todos nosotros, en nuestro corazón, pensemos en los demás, y pensemos en el amor que Jesús nos dice que tenemos que tener con todos; y pensemos también cómo podemos servirles mejor.

Hoy es un día para contemplar el amor de Dios y darle gracias por tanto amor. Hoy es un día para afianzar las raíces de nuestra existencia, los fundamentos de nuestro ser en la misericordia y en el amor divino. En medio de nuestras inseguridades y temores, hemos de poner hoy nuestra mirada en Jesucristo, el Señor, en quien se nos ha revelado ese amor inmenso e infinito de un Dios que nunca nos va a dejar solos, sino que nos va a acompañar como el compañero infatigable de camino para ayudarnos y darnos lo que necesitemos en cada momento.

Un segundo mensaje importante que recibimos en este día es el mensaje de la institución de la Eucaristía. El Jueves Santo es el momento en que ese amor de Dios revelado en Jesucristo llega a su culmen: en la Última Cena, anticipación del sacrificio del Calvario, va a perpetuar su presencia entre nosotros con la Eucaristía y con el ministerio sacerdotal confiado a los apóstoles. La Eucaristía es el centro de la vida cristiana, el memorial permanentemente actualizado del sacrificio redentor de Cristo en el Calvario. En la Eucaristía Cristo se entrega a su Iglesia para que ésta tenga vida, para que todos tengamos acceso siempre abierto para entrar en la intimidad de Dios.

La Iglesia no puede vivir sin la Eucaristía. El cristiano no puede permanecer en la fe sin la Eucaristía porque se alimenta en ella y de ella. La Eucaristía edifica la Iglesia: la Eucaristía



hace posible el milagro de la unidad, de la comunión fraterna, de la aceptación y de la acogida mutua, a pesar de las diferencias. Sólo viviendo y celebrando la Eucaristía nuestro amor será universal y llegará hasta el punto de abrazar incluso a los enemigos. La Eucaristía es la fuerza que nos impulsa al amor, al perdón y a la práctica de la misericordia con todos.

Por eso, la Iglesia en esta fiesta del Jueves Santo nos invita a pensar en los pobres, en los más necesitados, sintiendo en nosotros su pobreza y su dolor y, a través de Cáritas, nos invita a ser generosos con ellos, a abrirles un hueco en nuestro corazón que se traduzca en desprendimiento de algo nuestro para que otros puedan tener una vida un poco más digna. No podríamos celebrar la Eucaristía si somos indiferentes a los pobres y a los que sufren, a los marginados de la sociedad y a aquellos que no tienen para vivir dignamente. Vivir la Eucaristía es vivir el mandamiento del amor, que hoy Jueves Santo resuena con una fuerza especial en el mandamiento del amor: *“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. En esto conocerán que sois discípulos míos, si os tenéis amor unos a otros”* (Jn 13, 34). Este mandamiento nuevo, que es el testamento que el Señor nos ha dejado, hemos de hacerlo realidad en la vida de cada día con los pobres y necesitados siendo generosos y compartiendo con ellos nuestros bienes, con los que tenemos a nuestro lado, en nuestra propia familia y que se sienten solos o tristes o necesitados de apoyo, y con los de lejos, pero cuyas necesidades conocemos. Son las obras de misericordia que el Papa Francisco en este Jubileo de la misericordia nos recuerda y que son como la concreción del mandamiento nuevo del amor: obras de misericordia que hemos de vivir y hacer realidad con los de cerca y con los de lejos, con los pobres materiales y con quienes sufren otro tipo de pobreza.

Y un tercer mensaje del Jueves Santo es el de la institución del sacerdocio. Para perpetuar la Eucaristía el Señor nos hizo hoy el regalo del sacerdocio ministerial que concedió a su Iglesia en las personas de aquellos doce apóstoles a los que Él había llamado personalmente para que estuvieran muy cerca de Él y para enviarles a predicar. En la persona del sacerdote, por el sacramento del Orden, el Señor sigue presente entre nosotros sacramentalmente, como pastor bueno que cuida a su rebaño.

Hoy es un día para reconocer con gratitud el don que el Señor hizo a su Iglesia con el regalo del ministerio sacerdotal por medio del cual se nos perdonan nuestros pecados, su Palabra llega a nosotros y es posible la celebración de la Eucaristía. Y es un día para pedirle al Señor mucho por los sacerdotes, por quienes se preparan al sacerdocio y por las vocaciones sacerdotales. Pedirle al Señor para que los sacerdotes seamos fieles a la gracia que hemos recibido y que nuestras vidas sean un verdadero ejemplo de santidad.

Seamos fieles al testamento de Jesús de amarnos los unos a los otros y que nuestro amor llegue a quien más lo está necesitando de cuantos tenemos cerca o lejos. Alimentemos nuestra fe en la Eucaristía donde Cristo se inmola cada día en la cruz por nuestra salvación y agradezcamos a Dios el regalo del sacerdocio que nos hace sacramentalmente presente a Cristo Buen Pastor, nos confecciona la Eucaristía y nos explica la Palabra del Señor, para que podamos vivir como buenos seguidores de Cristo y como verdaderos hijos de Dios.

Que esta tarde cuando Cristo quede presente en nuestros monumentos, en nuestra visita a los mismos le agradezcamos su gran amor, el haberse quedado con nosotros en el sagrario, sabiendo así dónde encontrarle, el ejemplo que nos ha dado para que nosotros le sigamos y el regalo de los sacerdotes que nos acompañan, animan y enseñan la Palabra del Señor para que ella sea nuestro verdadero camino. Que así sea.

Viernes Santo

Concatedral, 25 de marzo de 2016

Jesús muere en la cruz. Ha pasado la vida haciendo el bien. Ha hecho la voluntad del Padre. Ha proclamado la Buena Noticia. Ha lavado los pies a los discípulos. Ha dado de comer a multitudes hambrientas; se ha compadecido de pobres, enfermos y pecadores. Ha hecho ver a los ciegos, andar a los paralíticos, ha evangelizado a los pobres. ¡Todo lo ha hecho bien! Y, sin embargo, todos se han vuelto contra Él. Los entendidos de la Ley lo persiguen, le acusan y lo condenan. Judas, uno de los suyos, lo entrega. Otro de los suyos lo niega tres veces. Los demás discípulos han huido y se han escondido por miedo a correr su misma suerte. Sólo su Madre, María la de Cleofás, María Magdalena y Juan, están junto a la cruz. Los demás lo han abandonado. Es la soledad del inocente que muere en la cruz, como un malhechor más, cargado con nuestros pecados, con su rostro desfigurado, pidiendo el perdón para los que lo crucifican, prometiendo el cielo al ladrón arrepentido.

La cruz, que hasta la muerte de Cristo era lugar de muerte de los malhechores, de los peores, se ha convertido en el árbol de la vida de donde nos viene a todos nosotros la salvación y la vida eterna. La cruz que era siempre expresión de fracaso y de muerte se ha convertido con la muerte de Cristo en ella, en signo de vida y de victoria. La cruz, que siempre fue expresión de odio de los crucificados, se ha convertido con la muerte de Cristo en ella en signo de perdón y de reconciliación de los hombres con Dios. La muerte en cruz, signo de castigo, de odio y de muerte se ha convertido con la muerte de Cristo en ella en signo de victoria, de amor y de vida.

El mundo guarda silencio porque no entiende, no acierta a explicarse tanto amor a los hombres y tanta ingratitud de los hombres a Dios. La cruz es un misterio, cargado del profundo significado del amor pleno y total de Dios por los hombres. Sólo desde el amor más grande de Cristo a nosotros se puede explicar su muerte en la Cruz. Él mismo lo había dicho: nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos, vosotros sois mis amigos porque yo voy a entregar mi vida por vosotros y por vuestra salvación.

Hubo misterio de la cruz en Jerusalén. Y sigue habiendo multitud de misterios de mil cruces, en cualquier tiempo, en cualquier lugar del mundo, allí donde el Señor sigue siendo crucificado, en cada muerte injusta, en cada dolor evitable, en cada sufrimiento humano sin sentido. Hay misterios de la cruz en todas las ciudades del mundo. Y en todas ellas, encontramos al Señor crucificado de nuevo.

La clave de la crucifixión del Señor Jesús es su amor infinito. Una cruz sin amor podrá reflejar el dolor de Jesús pero por sí misma no es cristiana. Igual que un amor sin cruz no es un amor verdadero. De ahí que nuestra misión, como discípulos de Jesús, sea poner amor en cada cruz, en toda cruz.

Hoy, en este Viernes Santo, todo es silencio. El mundo queda asombrado y sorprendido por tanto amor por parte de Cristo y tanta ingratitud por parte del hombre que le ha condenado. Todo debe ser silencio cargado de oración y de amor.

Hoy, en este Viernes Santo, en nuestro silencio, pidamos al Señor que sepamos acompañarle, como Juan y María, como aquellas santas mujeres. Acompañarle para agradecerle todo lo que Él nos ha amado, para responderle con nuestro amor, para adorarlo en la cruz, porque quien muere en ella no es un hombre cualquiera, es el hijo de Dios, que nos ha amado de tal forma que ha dado su vida por nosotros y por nuestra salvación.



Dentro de unos momentos vamos a escuchar al sacerdote que porta la cruz hasta el altar: *“mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo”* y todos nosotros vamos a contestar: *“venid a adorarlo”*. Dos actitudes muy importantes a tener vivas en nosotros en estos momentos: mirar a la cruz para decirle gracias, Señor, gracias por tanto amor, gracias por haber querido cargar con nuestros pecados y clavarlos en tu cruz junto contigo y así obtenernos el perdón. Gracias, Señor, por haber pasado por todo lo que Tú no merecías, pero lo has sufrido sólo para que nosotros fuéramos salvados y redimidos de nuestros pecados y pudiéramos ser hijos de Dios.

Miremos a la cruz y adoremos en ella al Salvador del mundo, porque Él nos ha salvado y Él no es un hombre cualquiera sino el mismo Hijo de Dios hecho hombre, que por nosotros y por nuestra salvación se ha sometido a toda clase de vejaciones.

En la cruz todo ha acabado. Pero todo empieza de nuevo. Pidamos al Señor, por la intercesión de la Virgen María, que también para nosotros todo lo que es pecado haya llegado a su término, y que todo lo que es gracia y amor fluya en nosotros para siempre. ¡Que así sea!

Vigilia pascual

Catedral, 26 de marzo de 2016

Excmo. Cabildo Catedral, queridos sacerdotes con celebrantes, querida Comunidad de neocatecumenal de Soria que nos acompañáis en esta noche de renovación de las promesas bautismales, Junta directiva de la Cofradía de los misterios y del santo entierro de Cristo, queridos hermanos todos:

Exulten los coros de los Ángeles, exulten todas las criaturas del cielo y de la tierra, alégrese toda la Iglesia porque lo que parecía un fracaso se ha tornado en triunfo, porque lo que era tristeza se ha vuelto alegría, porque de la muerte ha surgido la vida, lo que parecía el final se ha vuelto el principio.

Toda la liturgia de esta noche no es sino una invitación y una explosión de alegría porque Cristo ha resucitado y vive para siempre entre nosotros; Cristo ha vencido a la muerte para siempre y la última palabra la tiene la vida. Éste es el gran anuncio que recibimos de la liturgia de esta noche santa. La palabra que hemos escuchado nos ha repetido la misma idea: de la muerte ha surgido la vida, Cristo ha resucitado. El pregón pascual hace una convocatoria a todos los seres de la creación entera y a toda la Iglesia a vivir esta alegría.

La primera lectura pone de manifiesto este mismo sentimiento, porque la Palabra creadora de Dios, que hizo de la nada todas las cosas y todos los seres, ha resurgido victoriosa de la muerte, venciénola para siempre, haciendo que la creación entera quede redimida. En la lectura del Éxodo, el paso del mar Rojo muestra el paso del pueblo de la esclavitud a la libertad, lo mismo que la victoria de Cristo sobre la muerte muestra el triunfo de la vida sobre la muerte. San Pablo, en la carta a los Romanos, nos habla del bautismo como el paso de la muerte a la vida de Dios, como la actualización de la resurrección de Cristo en la persona del bautizado que pasa de la muerte a la vida. El evangelio de San Lucas recuerda a aquellas mujeres, en boca de los ángeles vestidos de blanco, que Cristo está vivo y por lo mismo no deben buscar en el lugar del muerto al que vive, sino buscarle resucitado.

Esta Noche Santa de la resurrección del Señor, del paso de la muerte a la vida, es eminentemente una noche bautismal en la que la Iglesia nos invita a renovar nuestro bautismo en virtud del cual todos nosotros pasamos de la muerte a la vida. Toda la liturgia bautismal nos recalca esta misma realidad del paso del cristiano de la muerte a la vida. En esta liturgia de la noche pascual, todos nosotros vamos a renovar las promesas del bautismo, un momento importante en el que vamos a volver a decirle al Señor que nos comprometemos a vivir todo cuanto prometieron nuestros padres por nosotros en el bautismo, a renunciar al pecado y a vivir de acuerdo con el estilo propio de los hijos de Dios.

Unidos a toda esta comunidad que formamos los que estamos celebrando en esta noche la gloriosa resurrección de Cristo, se encuentran con nosotros estas personas vestidas de blanco, hombres y mujeres que pertenecen a la Comunidad neocatecumenal de la parroquia del Espino de Soria. Ellos han terminado su recorrido en el camino neocatecumenal. Dicho recorrido les ha formado convenientemente para renunciar al pecado y vivir en toda su exigencia los compromisos bautismales. Al final del recorrido, en el que llevan más de treinta años, están aquí hoy, en esta vigilia pascual que preside el Obispo, para renovar solemnemente sus promesas bautismales, expresando ante Dios y ante la Iglesia, que una vez terminado todo ese proceso y camino del catecumenado, se comprometen y así lo expresan solemnemente a vivir todo cuanto supone el ser hijos de Dios, a la vez que expresan su compromiso con la fe en Cristo Resucitado y con la misión que Él nos ha encomendado a todos de ser apóstoles en medio de nuestro mundo, siendo portadores del mensaje salvador de Cristo Resucitado en corazón del mundo y, con su testimonio, contagiar a los demás el amor a Cristo.

A todos vosotros, queridos hermanos que en esta noche renováis vuestros compromisos bautismales, y a vosotros, Comunidad del Espino de Soria que nos acompañáis en la Catedral en esta noche santa para renovar solemnemente vuestros compromisos bautismales al terminar vuestro recorrido catecumenal, muchas felicidades: que la alegría de Cristo resucitado reine en vuestros corazones y os impulse a comunicar cuanto vivís personalmente a los demás.

Tres actitudes muy importantes se nos piden a nosotros como creyentes en Jesús resucitado para que las hagamos realidad en nuestra vida.

En primer lugar, la alegría. Hemos de vivir nuestra vida de seguidores de Jesús con verdadera alegría con toda la Iglesia por el triunfo de Cristo sobre la muerte. No seguimos a un muerto, sino a Cristo vivo y presente en su Iglesia y en el mundo y ello da sentido a todo cuanto vivimos como cristianos. Alegría no sólo por el triunfo de nuestro Señor sino porque todos participamos de esa misma resurrección; Cristo, con su muerte y su resurrección, ha vencido definitivamente la muerte y nos ha hecho partícipes de su resurrección a los que creemos en Él. Su triunfo es el nuestro. Si Él ha vencido definitivamente la muerte y vive para siempre, también nosotros participamos de su triunfo y de su resurrección, y esto es motivo más que suficiente para sentir dentro de nosotros una profunda alegría que hemos de manifestar para que los demás también lo sepan y lo vivan.

Una segunda actitud que nos pide el hecho de la resurrección de Cristo es que, si hemos muerto y resucitado con Él, ya no podemos vivir sino como verdaderos resucitados. Vida de resucitados que tenemos que manifestar no con nuestras palabras, sino sobre todo con nuestro testimonio, dando muerte en nosotros a todo lo que signifique separación de Dios y de los hermanos, para resucitar a una vida de amor y entrega a lo que el Señor nos pide y lo que nos exige el mandamiento nuevo que Cristo nos ha dejado en su testamento.



Y una tercera exigencia es ser testigos de que Cristo vive y que nosotros somos sus seguidores; que hemos muerto con Él y hemos resucitado con Él. Decía Benedicto XVI hablando del don de la fe: la fe es un don, un regalo que Dios nos da, pero nos lo da no sólo para que nos aproveche a nosotros, ni para guardarla para nosotros solos, sino para que la comuniquemos a los demás, para que ellos también puedan encontrarse con el Señor.

Que Cristo resucitado nos llene de alegría en esta noche, sea la razón de nuestra vida y siga alentando nuestro compromiso cristiano para ser sus testigos en todo el mundo, para que otros a través nuestro se encuentren con este Cristo resucitado y resuciten también a la vida de la gracia. Que María, que esperó la resurrección de Cristo arrojando a los apóstoles, nos siga también arrojando, apoyando y ayudando a nosotros en esa misión que el Señor nos ha dejado de ser apóstoles y misioneros de su mensaje y de su vida en medio de nuestro mundo. Que así sea.

Pascua de Resurrección

Catedral, 27 de marzo de 2016

Excmo. Cabildo Catedral, Ilustrísimas autoridades, Junta directiva de la Cofradía de los misterios y del santo entierro de Cristo, queridos hermanos:

¡Aleluya, Cristo ha resucitado! Cada domingo los cristianos nos reunimos en un ambiente de fiesta para celebrar la Eucaristía porque es el día del Señor. Este domingo de la Resurrección del Señor es la fiesta mayor del año litúrgico porque en él celebramos el hecho más importante para nuestra vida cristiana: Cristo ha muerto por nosotros pero ha resucitado y vive para siempre, ha vencido la muerte con su muerte y resurge glorioso y resucitado.

El hecho de la resurrección, aunque Jesús lo había anunciado, parece que nadie lo esperaba, porque a todos sorprende: sorprende a aquellas mujeres van al sepulcro con perfumes para un muerto, esperan encontrar el cuerpo muerto de Cristo y con gran cariño van con sus perfumes, iban pensando por el camino cómo quitarían la losa del sepulcro para poder entrar. Sorprende también a Pedro y al otro discípulo que, ante el anuncio de la Magdalena de que habían robado del sepulcro el cuerpo de Jesús, van corriendo a comprobarlo.

La sorpresa es para todos. Las mujeres encuentran la losa quitada del sepulcro. El cuerpo de Jesús no está donde lo habían puesto. Los discípulos, al comprobar que Cristo no estaba allí, empiezan a entender lo que Él les había dicho: que habría de resucitar glorioso de la muerte. Los discípulos comienzan a comunicárselo a todos los seguidores de Jesús. Su vida a partir de ese momento cambia radicalmente. A partir del entendimiento del hecho de la resurrección los apóstoles se van a dedicar a anunciarlo a todo el mundo:

Pedro, acabamos de oírlo en la lectura de los Hechos de los apóstoles, comienza a relatar la historia: cómo Jesús, cuando Juan bautizaba en el Jordán, fue ungido por Dios y, lleno del Espíritu Santo, pasó toda su vida haciendo el bien, curando enfermos, expulsando demonios y Dios estaba con Él. Ellos son testigos de ello. Cómo después lo mataron colgándolo de un madero, pero Dios al tercer día lo resucitó, cómo se les apareció a ellos y comió y bebió con ellos después de resucitado. Él mismo los ha enviado a anunciarlo y proclamar que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos.

Pablo, en la carta a los fieles de Colosas, proclama que hemos resucitado con Cristo y, por lo mismo, tenemos que orientar nuestra vida hacia el cielo donde está

Cristo: elevar los ojos de la tierra para no apegarnos a lo terreno y elevarlos al cielo porque ése es nuestro destino.

A nosotros no puede pasar como a las mujeres y a los discípulos en aquel primer momento al acudir al sepulcro. Seguro que hemos vivido con intensidad el viernes Santo, hemos acompañado a Jesús en su pasión, nos hemos entristecido por su muerte. La Semana Santa para muchos puede que termine el Viernes Santo, lo cual es una idea muy equivocada, porque no viven lo principal de la Semana Santa que es la Resurrección del Señor. No podemos quedarnos en el Viernes Santo, hemos de vivir plenamente y especialmente el hecho de la resurrección del Señor, porque sólo desde la resurrección adquiere sentido el Viernes Santo y nuestro seguimiento de Jesús.

Nosotros no seguimos a un Cristo muerto, sino resucitado, vivo y victorioso de la muerte. La resurrección de Cristo es la auténtica razón de nuestra alegría en este domingo de Pascua. Nuestra alegría debe ser plena y contagiosa por el triunfo de nuestro Señor, por nuestra participación en el triunfo y resurrección de Cristo. Por eso San Pablo nos urge a mirar al cielo y a dejar de mirar tanto a este mundo terreno, porque por la resurrección de Cristo somos nuevas criaturas destinadas a gozar de la vida de Cristo resucitado.

Por eso no podemos ya vivir desde el pecado. Hemos muerto con Cristo al pecado y hemos de resucitar a una vida nueva, la vida nueva de Dios, en la que Él sea el centro de nuestra existencia. Los discípulos a partir de la resurrección del Señor comenzaron una nueva vida, con un estilo nuevo. Nosotros hemos de vivir también como resucitados porque en la resurrección de Cristo hemos resucitado todos y hemos de vivir como pide dicha condición.

Vivir como resucitados exige de nosotros no vivir nuestra fe de cualquier manera, como si todo valiese. Hemos de vivir la fe haciendo de Cristo y su mensaje el centro de nuestra vida. Dejando la mundanidad que nos arrastra por otros caminos distintos y contrarios al estilo de vida que Cristo pide a sus seguidores. Luchando para no dejarse dominar por los criterios del mundo, sabiendo que nuestro destino es la resurrección; hemos de resucitar ya al nuevo estilo de vida en Cristo.

Exige de nosotros también que seamos testigos valientes de la resurrección del Señor. Los discípulos, cuando muere Jesús, se esconden por miedo, pero cuando entienden que está vivo se lanzan a anunciarlo sin miedo a nadie ni a nada. Nosotros somos testigos en un mundo incrédulo, en un mundo laicista, empeñado en que Dios no pinte nada. Testigos de Cristo ante un materialismo atroz que nos atrapa, ante un ambiente adverso a todo lo que suene a Dios y la fe.

Ésta es la misión que el Señor Resucitado nos encarga a todos sus seguidores: vivir fielmente su seguimiento, comunicar con el ejemplo, con nuestro actuar, la resurrección de Cristo a todos por medio de nuestra propia resurrección a una vida nueva. Que esto nos lo deseemos cuando hoy nos digamos: ¡Felices Pascuas!

Fiesta de la Divina Misericordia (II Domingo de Pascua)

3 de abril de 2016

Queridos hermanos:

Celebramos en este segundo domingo de Pascua la Fiesta de la Divina Misericordia, fiesta introducida por san Juan Pablo II en el año 2000 en el calendario de la Iglesia



universal. El objetivo de esta fiesta es hacernos caer en la cuenta y convencernos del amor misericordioso de Dios para con nosotros.

Jesús prometió a santa Faustina Kowalska su misericordia: le promete el perdón total de los pecados y penas a quien ese día comulgue con las debidas disposiciones. La santa escribió en su Diario, en relación a esta fiesta, las siguientes palabras que ella experimentó en su interior como procedentes del Señor: *“Deseo que la Fiesta de la Misericordia sea la salvación y el refugio de todas las almas, especialmente de los pobres pecadores. En ese día se abrirán las puertas de mi misericordia. Derramaré todo el océano de mis gracias sobre las almas que se acerquen a la fuente de mi misericordia. El alma que aquel día se confiese y comulgue obtendrá la remisión completa de las culpas y los castigos. En ese día están abiertas todas las compuertas divinas a través de las cuales fluyen las gracias. Que nadie tema acercarse a mí, aunque sus culpas fueran las más atroces [...] Hija mía, di que esta Fiesta ha brotado de las entrañas de mi misericordia para el consuelo del mundo entero”* (Diario 699, 420, 1517).

El mensaje de la misericordia es que Dios nos ama a todos, no importa lo grandes o lo muchos que sean nuestros pecados. Él quiere que reconozcamos que su misericordia es más grande que nuestros pecados, para que nos acerquemos a Él con confianza, para que recibamos su misericordia y la dejemos derramar sobre otros. De tal manera que, participando todos de su Gozo, podamos ser nosotros misericordiosos con los demás.

Tres son los objetivos que nos propone esta Fiesta de la Divina Misericordia. En primer lugar, pedir la misericordia de Dios. Dios quiere que nos acerquemos a Él por medio de la oración constante, arrepentidos de nuestros pecados y pidiéndole que derrame su Misericordia sobre nosotros y sobre el mundo entero. En segundo lugar, ser misericordiosos nosotros con los demás. Y es que Dios quiere que experimentemos su misericordia en primera persona, que seamos conscientes del amor misericordioso de Dios y que desde esa experiencia nos sintamos llamados a ser nosotros misericordiosos con los demás en nuestra vida de cada día. Finalmente, mirar a Jesús y confiar en Él: Él nos lleva a confiar en la misericordia de Dios pues todo su actuar y su relación con los pecadores estuvo siempre cargado de misericordia. Cristo nos revela con su actuación el verdadero rostro misericordioso del Padre.

Tres objetivos que coinciden perfectamente con los objetivos del Jubileo de la Misericordia que estamos celebrando este año y que dan un sentido especial a esta Fiesta de la Divina misericordia. El Jubileo de la Misericordia nos invita a centrar la mirada en Jesucristo porque Él ha sido enviado al mundo con esa misión: mostrar el verdadero rostro de Dios.

La nota de identidad que define el ser de Dios es ser Padre y Madre, cuyas entrañas se conmueven ante los pecadores y les ofrece siempre su perdón, su amor, su ternura y su cercanía. Esta identidad de Dios es la que cantan diversos salmos y distintos textos del Antiguo Testamento: *“porque es eterna su misericordia”* (Salmo 136). Toda la historia de la alianza de Dios con su pueblo es una historia de misericordia, en la que a la infidelidad del Pueblo elegido, correspondía siempre la misericordia de Dios que se compadecía de él. Pero sobre todo es Cristo en el Nuevo Testamento el que nos revela el verdadero rostro de Dios, como Padre y Madre, a quien los pecados de los hombres le conmueven en sus entrañas y ofrece siempre el perdón a sus hijos. Todo su actuar con los pecadores está siempre lleno de misericordia. Jesús no sólo explica a través de las parábolas de la misericordia (el hijo pródigo, la oveja perdida, la moneda perdida) la identidad del ser de Dios como Padre compasivo y bueno, sino que además manifiesta lo que se produce en el corazón de Dios

cada vez que un pecador se acoge a su misericordia: la alegría que el corazón de Dios siente cada vez que un pecador se arrepiente y se deja perdonar.

El Jubileo de la Misericordia nos hace caer en la cuenta, desde su mismo lema, *“Misericordiosos como el Padre”*, que la misericordia no es sólo nota de la identidad del Padre, sino que es también la nota que define a los cristianos. Por eso se nos llama a que, de la misma forma que el Padre es misericordioso con nosotros, seamos también nosotros misericordiosos con nuestros hermanos. Cristo mismo nos lo enseñó también en la oración del Padrenuestro cuando nos dijo que teníamos que rezar: *“perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido”*

El Jubileo, lo mismo que la fiesta de hoy de la Divina Misericordia, nos invita a acoger nosotros la misericordia de Dios y a ofrecerla a los demás. También el Jubileo de la Misericordia, como la Fiesta de hoy, nos concede la indulgencia plenaria si nos confesamos, comulgamos, rezamos por las intenciones del Papa y entramos por una de las Puertas Santas, que significa que entramos por la Puerta que es Cristo que nos invita a acoger y confiar en la misericordia de Dios y a ser nosotros misericordiosos con los hermanos.

Que esta fiesta de la Divina Misericordia nos ayude a refrescar en nuestra vida todo el contenido teológico que tiene el Jubileo de la Misericordia que estamos celebrando durante este año, para que comprendiendo y experimentando el perdón y la misericordia de Dios, dejemos que Él entre en nuestra vidas, nos acerquemos con confianza a Él y nos decidamos a vivir esa misma misericordia con nuestros hermanos.

Que María, la Madre de la misericordia, que con su preocupación por los demás en las bodas de Cana fue reflejo de la ternura y misericordia de Dios, nos anime a todos los seguidores de Jesús a “hacer lo que Él nos diga”, para que pueda hacer en nosotros el milagro de la conversión de nuestros pecados en el vino bueno de nuestro amor a Él y a los hermanos.

Jubileo de las familias

Parroquia de Nuestra Señora del Pilar, 30 de abril de 2016

Queridas familias, que habéis querido participar en este día de convivencia y reflexión sobre la realidad de la familia y ahora en esta celebración del Jubileo de la misericordia para ganar la indulgencia plenaria y reflexionar sobre la misericordia de Dios con nosotros y de nosotros con los hermanos.

“Misericordiosos como el Padre”. Éste es el lema del Jubileo de la Misericordia, lema que resume todo el contenido teológico-pastoral de este año santo. Por una parte nos hace caer en la cuenta de la auténtica identidad de Dios: que a Dios no podemos entenderlo como un ser lejano o rencoroso, porque Dios es ante todo y sobre todo el mejor de los padres, padre y madre compasivo y misericordioso capaz de compadecerse de las miserias humanas; Dios es padre y madre, y sus entrañas se conmueven ante las necesidades y pecados de los hombres, se compadece de ellos y les otorga su perdón y su amor. ¡Que bien entendéis este ser compasivo y misericordioso de Dios los padres que tenéis hijos y que tantas veces habéis tenido que practicar el perdón y la compasión por ellos y por las situaciones que estaban atravesando! Incluso a veces vosotros podéis fallar en esta misericordia y perdón,



pero Dios nunca falla; Él muestra su amor, su ternura y misericordia con nosotros en todos los momentos y en todas las circunstancias. Por eso se nos dice en la escritura: *“Aunque tu padre y tu madre te abandonen, yo nunca te olvidaré”*. Así es Dios con nosotros, aunque nosotros lo abandonemos, aunque no queramos saber nada, Él sigue pendiente de nosotros, nos sigue llamando y nos sigue queriendo y esperando nuestra vuelta.

El Papa anima a todos a centrar nuestra mirada y nuestra atención en Jesucristo, porque Él nos revela el verdadero rostro de Dios. Cristo viene precisamente para comunicarnos el verdadero rostro de Dios, como padre y madre misericordioso, que se compadece de las necesidades y pecados de los hombres y nos ofrece su perdón y su misericordia. Este rostro auténtico de Dios nos lo ha comunicado Jesucristo y lo ha hecho con su vida, acogiendo a pecadores y teniendo compasión de las situaciones de necesidad por las que pasan las personas, y con sus enseñanzas. No tenemos más que acercarnos al evangelio para comprobar que su actuación con las personas es siempre desde la misericordia. Jesús se muestra lleno de compasión con las personas, no hay ni una sola actuación de Cristo en la que no muestre esta compasión y misericordia.

Muchos de sus milagros no son sino gestos de la misericordia practicada y vivida por el Señor, que se compadece de las distintas situaciones de necesidad por las que atraviesan las personas: el leproso que le pide que le limpie de la lepra (Mt 8, 2), el hombre de la mano atrofiada (Mc 3, 1-5), el ciego Bartimeo (Mc 10, 46-52), el llamamiento a Mateo (Mc 2, 15-17; 9, 9-13), el comportamiento con las mujeres siempre lleno de misericordia, la hemorroísa y la hija de Jairo (Mc 5, 21-42), la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Mc 7, 11-17), la pecadora en casa de Simón el fariseo (Lc 7, 36-50), la mujer sorprendida en adulterio (Jn 6, 3-11), etc.

Jesús proclama la identidad de Dios como Padre misericordioso a través de sus enseñanzas, a través de sus palabras: *“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”* (Mt 5, 7); *“Si hubieseis comprendido lo que significa aquello de misericordia quiero, que no sacrificio, no condenaríais a los que no tienen culpa”* (Mt 12, 7); *“Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados”* (Lc 6, 36); las parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la moneda perdida, el hijo pródigo, en las que muestra Jesús el corazón misericordioso y la alegría que Dios siente en su corazón por encontrar la oveja o la moneda perdidas, o por la vuelta del hijo que se había marchado de casa (cf. Lc 15, 1-32); el buen samaritano, como modelo de comportamiento misericordioso (Lc 10, 33).

Es muy importante que como, padres y madres de familia, o como hijos, estemos convencidos de que nuestro Dios es tal y como nos transmite Cristo: Dios padre y madre que se compadece de las situaciones humanas y se le conmueven las entrañas ante las pobrezas, necesidades y pecados de los seres humanos. De ninguna manera podemos tener una imagen y un rostro de Dios al estilo humano: un ser al que le cueste perdonar. Nuestro Dios es el Padre bueno y misericordioso por excelencia, que nos sigue queriendo y sigue pendiente de nosotros a pesar de nuestros pecados.

El lema, *“Misericordiosos como el Padre”*, nos transmite no sólo la identidad de Dios como Padre misericordioso, sino que expresa nuestra propia identidad de seguidores de Jesús: nosotros debemos ser también misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros. El mismo Jesús nos lo recuerda en la oración del Padrenuestro cuando pide que recemos diciendo: *“perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido...”* (Mt 6, 12). La vivencia y puesta en práctica de las obras de misericor-

día es la concreción de la misericordia que nosotros hemos de tener siempre en relación a los demás. El Jubileo es una ocasión propicia para hacer una reflexión seria y profunda sobre las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, y un examen de cómo las estamos viviendo y, por lo mismo, cómo estamos viviendo con los demás la misericordia que Dios tiene con nosotros. Dice el Papa Francisco que durante este tiempo del Jubileo es muy importante que reflexionemos sobre las obras de misericordia, corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada, ante el drama de la pobreza y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras para que podamos darnos cuenta de si vivimos o no como discípulos suyos. No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento, si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo, si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo, si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo y prisionero (cfr. Mt 25, 31-45). En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor.

Las obras de misericordia las podemos vivir en la vida de cada día en todos los lugares y con todas las personas con las que nos relacionamos y con las que compartimos nuestra vida; pero de una forma especial las podemos vivir en la propia familia y en las relaciones familiares donde todos esperamos comprensión, misericordia y perdón de quienes componen nuestra familia. En la familia y como familia hemos de plantearnos y comprometernos a vivir, de una manera especial, tanto las obras de misericordia corporales como las espirituales, porque a través de ellas y de su puesta en práctica estaremos concretando lo que significa ser misericordiosos con los demás como misericordioso es el Padre con nosotros.

Cada uno en la Iglesia ha de plantearse cómo vivir esta misericordia con los demás, dependiendo de la tarea específica que desarrolle dentro de ella. Una de las obras de misericordia que más dependen de nosotros y que tenemos a nuestro alcance es la obra de misericordia espiritual de enseñar al que no sabe. Los padres cristianos tenéis el deber de enseñar a vuestros hijos a vivir y a creer. A vivir la vida desde unos valores humanos de respeto, verdad, solidaridad, etc. Y debéis enseñarles a creer. En efecto, la fe tenéis que vivirla, cuidarla y transmitirla en la familia. Hace unos años esto era lo más normal del mundo, las creencias se transmitían de padres a hijos, de una generación a otra. Se rezaba en familia, se conocía a Dios por lo que los padres contaban a sus hijos, se valoraba a Dios porque se veía que los padres lo tenían en cuenta en sus vidas. Los hijos tenían una primera experiencia de fe, que nunca olvidarían, en la familia.

Hoy no siempre es así. Dios, en muchas familias, es el gran ausente y el gran ignorado porque no se vive desde Él y desde la fe. Preocupan otras cosas materiales pero Dios no tiene silla en nuestros hogares cristianos. Tenemos que recuperar el espacio de Dios y de la fe en nuestras familias, vivir desde lo que nuestra fe nos pide y transmitirlo así a los hijos. Solamente así estaremos cumpliendo con la misión auténtica de padres cristianos y sólo así también, estaremos cumpliendo con la misión para la que Cristo envía a toda la Iglesia: *“id y enseñad todo lo que yo os he enseñado”*.

Ahora bien, esto no llega por generación espontánea. Hemos de plantearnos como matrimonio, como padres, qué hacer para que nuestro hogar sea realmente un hogar cristiano, una Iglesia doméstica en la que Dios no sea ignorado, sino que entre a formar parte de nuestra familia como alguien importante. Vamos a pedirle al Señor que nos ayude a vivir en



nosotros su misericordia y a practicarla con los demás. Que nos ayude especialmente a saber transmitirla a los hijos y juntos ayudarnos unos a otros a vivir nuestra fe en un Dios que nos sigue queriendo a pesar de que nosotros nos olvidemos frecuentemente de Él. Vivamos en todo momento la misericordia con los demás de nuestra familia, sabiendo perdonar, quitar importancia a los fallos de los demás, para que así podamos ser misericordiosos como el Padre lo es con nosotros.

Misa de despedida de la Diócesis

Concatedral, 14 de mayo de 2016

Muy querido Señor Arzobispo Metropolitano de Burgos, D. Fidel. Gracias por su presencia y acompañamiento en este día de mi despedida de la Diócesis, queridos Vicarios episcopales, General, de Pastoral, Judicial y de Patrimonio, queridos Delegados episcopales, muy queridos sacerdotes de nuestro presbiterio diocesano en quienes saludo a todos los sacerdotes mayores o ancianos que no han podido estar presentes en esta celebración, queridos religiosos y religiosas de la CONFER de esta Diócesis de Osma-Soria: en vosotros quiero saludar también a las Comunidades religiosas y religiosos de vida contemplativa, que sé que están rezando por mí y por mi nuevo destino, queridos diocesanos todos que habéis querido venir a participar en esta Eucaristía de acción de gracias.

En el Evangelio que acabamos de escuchar San Juan nos presenta a Jesús que se va despidiendo de sus amigos, de sus apóstoles, y les deja un mensaje muy claro: *“como el Padre me ama, así os he amado yo, permaneced en mi amor”*. Permanecer en el amor de Cristo pide de nosotros cumplir los mandamientos, lo que el Señor nos ha enseñado, vivir en nuestra vida su estilo de vida. En ese estilo peculiar de vida que Cristo nos ha inculcado y enseñado entran de lleno Él y los demás. Él, porque es nuestro Maestro y nuestro modelo a imitar, dejándole que entre en nuestras vidas y las transforme según el modelo y el ejemplo que nos ha dado. Por eso, el Señor nos llama “amigos”, porque nosotros conocemos lo que el Señor nos ha transmitido y ha hecho por nosotros: el Señor no ha tenido secretos con nosotros.

La amistad entre dos personas, para que sea verdadera, debe ser correspondida. Por ello, la amistad de Cristo con nosotros pide nuestra amistad con Él. También nosotros tenemos que ser amigos suyos. Ser amigos de Jesús pide de nosotros que Él sea realmente lo más importante de nuestra vida, igual que entre dos amigos cada uno de ellos ocupa el centro del corazón del otro. Ser amigos de Jesús es dejarle que entre de lleno en nuestra vida, que nos dejemos transformar por Él y vivamos el estilo de vida que Él vivió y nos ha dejado como testamento. Ser amigos de Jesús pide de nosotros hacer lo mismo que Él hizo por nosotros, ser capaces de amar a los demás hasta el punto de entregar nuestra vida por ellos.

Ha sido Él quien nos ha elegido a nosotros, para que nos pongamos en camino y demos fruto abundante, amándole a Él y amando a los hermanos, siendo amigos suyos y hermanos de los demás. Jesús, que está de despedida de los suyos, les deja este mensaje tan importante, mensaje que yo quisiera volver a recalcar en estos momentos de mi despedida de vosotros, como tantas veces lo he hecho a través de estos ocho años que he estado con vosotros como vuestro Pastor y Obispo.

Necesitamos actualizar nuestra fe y nuestros compromisos de seguidores de Cristo. No podemos vivir nuestra fe de cualquier forma, como si todo valiese para ser seguidor de Cristo. El mundo, y especialmente los que no creen, tienen puestos sus ojos en nosotros, los que nos decimos creyentes y seguidores de Cristo y tenemos que ser un auténtico testimonio en medio del mundo. Ellos esperan ver en nosotros alguien que ha tomado en serio al Señor, que con su vida está demostrando que es amigo de Cristo porque encarna en la suya los valores, los sentimientos y la forma de obrar del Señor.

Todos nosotros debemos sentirnos miembros vivos del Cuerpo de Cristo, corresponsables de la evangelización del mundo y encargados de llevar a Cristo y su mensaje, como decía San Juan Pablo II, al corazón del mundo y servirle en la Iglesia allí donde estemos y nos necesite. Ésta es mi experiencia en estos momentos. Yo estoy dispuesto a seguir la llamada del Señor y servir a la Iglesia donde me necesite pero, a la vez, como persona que soy, siento que me cuesta desprenderme de mis cosas, de mis costumbres, de mis gentes con las que he trabajado hasta ahora para ir a otro lugar en el que se necesita mi entrega y mi trabajo.

Dicen que la primera Diócesis para un obispo es como el primer amor en la vida de una persona, algo de lo que cuesta separarse y algo que a la vez no se olvida. Os decía el día que se hizo público mi nombramiento como obispo de Ciudad Real, y ahora os lo repito con todo el corazón; que en estos momentos albergo en mi corazón sentimientos encontrados: por una parte, tengo muy claro que un obispo debe estar siempre al servicio de la Iglesia y donde la Iglesia le necesite y quiero vivirlo así. De ahí que, desde el primer momento, mi razonamiento haya sido éste y así se lo expresé al Sr. Nuncio: yo estoy al servicio de la Iglesia y si la Iglesia me necesita en este momento en Ciudad Real, estoy plenamente disponible para lo que se me pide. Agradezco al Santo Padre la confianza depositada en mi pobre persona para pastorear la Diócesis de Ciudad Real a la que me envía y le expreso mi más sincera comunión y obediencia. Por otra parte, en este momento se acumulan en mi cabeza y en mi corazón todos los buenos momentos que he vivido en esta amada Diócesis de Osma-Soria durante los ocho años en que he ejercido el ministerio episcopal entre vosotros y de los que doy gracias a Dios por haberme sentido muy acompañado por Él y por todos vosotros.

Mi gratitud va dirigida particularmente hacia las personas con las que he trabajado codo con codo y muy a gusto: mis Vicarios episcopales con los que he compartido todas las inquietudes, proyectos y dificultades y que tanto me han apoyado y ayudado en todo momento, los Delegados diocesanos con sus equipos, que han animado los diversos sectores pastorales. Os agradezco a todos los oxomenses-sorianos el cariño y la acogida que siempre me habéis dispensado en estos ocho años de mi servicio episcopal entre vosotros; lo mucho que he aprendido de vosotros y las respuestas tan cercanas, cariñosas y generosas que he recibido de muchos de vosotros. Especialmente quiero agradecer el trabajo pastoral de los sacerdotes, que durante estos ocho años me habéis demostrado de lo que sois capaces. Seguid entregando lo mejor de vosotros al servicio de la evangelización misionera. Hay mucho que hacer y nuestra sociedad espera mucho de vosotros. Gracias por vuestra entrega y que el Señor os lo premie.

Gracias también a los laicos, que habéis participado de los planteamientos pastorales de la Diócesis y habéis estado presentes en todo momento en los grandes acontecimientos y celebraciones: seguid sintiándoos corresponsables de la evangelización en nuestro pueblo y de nuestro pueblo y seguid ofreciendo lo mejor de vosotros mismos a su servicio. Gracias también a los monasterios de religiosos/as de clausura que desde la oración han



inyectado fuerza y vigor a los que luchamos en el mundo, a las Comunidades de vida activa, que habéis estado siempre apoyando y participando en todo lo diocesano. Y no sólo las personas, sino también el día a día y los grandes o pequeños proyectos pastorales que hemos ido desarrollando, hacen que hoy, cuando me despido de vosotros, sienta que algo se desgarrar dentro de mi corazón al tener que abandonar esta Diócesis que me ha enseñado a ser Obispo y Pastor.

Éste es también un momento propicio para pedir perdón a todos los que haya podido ofender con mis actuaciones o mis palabras, por todas aquellas situaciones en las que no haya sabido dar respuesta a lo que esperabais de mí como Pastor y Obispo y por todas aquellas actuaciones mías en las cuales no haya sabido pastorearos como debía. Por gusto personal seguiría entre vosotros, pero no soy obispo para seguir mi gusto, sino para servir a la Iglesia donde me necesite, y ahora el Santo Padre me envía a la Diócesis de Ciudad Real donde espero encontrar el apoyo, el cariño, la cercanía y la colaboración que siempre encontré entre vosotros. Voy lleno de ilusión y esperanza. Os pido que sigáis rezando por mí y por el buen cumplimiento de la nueva misión que el Señor me ha encomendado. Yo sé que el Señor no sólo nos envía sino que nos acompaña siempre. Sé que Él se compromete a que en la misión que nos encomienda no nos falte su gracia y su ayuda.

Que el Señor siga a vuestro lado y al mío. Que me acompañe en esta nueva tarea que Él por medio de la Iglesia me encomienda, y que sea Él quien haga fructificar las obras de vuestras pobres manos. Que María, que acompañó a los Apóstoles en la espera de la resurrección de Cristo, nos proteja con su intercesión poderosa para que seamos capaces todos de responder con generosidad a lo que Cristo espera de nosotros y la Iglesia necesita en este momento.

RADIOMENSAJES CADENA COPE

El Sacramento del perdón en el Año de la misericordia

6 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

En el corazón del Jubileo de la misericordia se sitúa la llamada a que nos acerquemos al trono de la misericordia, al Sacramento del perdón y experimentemos personalmente la ternura, el perdón y la misericordia de Dios Padre. No podemos olvidar que el Jubileo es un momento privilegiado para acoger y vivir la misericordia de Dios a través del Sacramento del perdón. Por eso, hemos de sentirnos todos invitados (y nosotros hemos de invitar a otros) a la reflexión y la oración sobre la realidad de la misericordia divina con nosotros para vivir personalmente la experiencia del perdón de Dios. El Papa Francisco dice así: *“Ponemos en el centro el Sacramento de la reconciliación porque nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior”* (Misericordiae vultus 17)

El abandono, por parte de muchos cristianos, de este Sacramento se ha debido a diversas causas, unas superficiales y otras más profundas. Entre las superficiales podemos

enumerar algunas como “yo no necesito intermediarios” o “yo me confieso directamente con Dios”, el infantilismo de sus acusaciones o la incomodidad de la acusación de los pecados mortales, el deseo de prescindir del confesionario, etc. Pero junto a estas causas superficiales hay otras más profundas de la crisis del Sacramento del perdón: una de las principales ha sido la radicalidad y la rapidez del proceso de transformación sociocultural que ha habido en los últimos años y que ha dado lugar al nacimiento de un *hombre nuevo* a quien se le hace difícil este Sacramento porque se le hace difícil la fe en Dios, el descubrimiento del sentido del pecado y la mediación de la Iglesia en el encuentro del hombre con Dios.

A este *hombre nuevo* se le hace difícil la fe porque ha sido presentada por muchos como un refugio psicológico para personas inmaduras, considerándola como una alienación, un narcótico, que le evade del compromiso en la construcción de la historia. Va perdiendo el sentido del pecado y de la necesidad de conversión considerando el pecado más como un fallo humano o una patología o una debilidad humana solamente que como una ofensa a Dios y a la Iglesia; debilitando así el sentido teológico del pecado. Pero la verdad de una sana Teología es otra: el pecado es una ofensa a Dios y a la Iglesia; el Sacramento no sólo repara la ofensa a Dios sino también la ofensa a la Iglesia; el sacerdote que administra el Sacramento es representante de Dios y de la Iglesia y, por lo mismo, cuando pronuncia sobre el penitente la fórmula de la absolución el pecador queda reconciliado con Dios y con la Iglesia; sólo el sacerdote, en virtud del poder concedido por el mismo Cristo a los apóstoles (“a quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”), puede reconciliar al pecador con Dios y con la Iglesia. Por eso, la recepción de este maravilloso Sacramento es necesaria para obtener el perdón de Dios y de la Iglesia.

Este Año Santo nos brinda la oportunidad especial para acercarnos al Sacramento del perdón. Tenemos muchos más sacerdotes al servicio de este Sacramento, con mucho más tiempo disponible para ello tanto en la Catedral de El Burgo de Osma como en el arciprestazgo de Soria; además, en los distintos arciprestazgos, se tendrán celebraciones penitenciales con preparación conjunta y confesión individual. Aceptemos la misericordia que Dios nos ofrece con los brazos abiertos; Él se llena de alegría cuando volvemos al amor y nos da la paz que necesitamos. Recuperemos este Sacramento descubriendo su hermoso sentido y acerquémonos al trono de la misericordia.

En el Día del Seminario

13 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

Celebramos hoy el Día del Seminario con un lema muy vinculado al Jubileo de la misericordia: “*Enviados a reconciliar*”. Cristo vino a este mundo para mostrarnos el verdadero rostro de Dios, un Dios con Corazón de padre y de madre, capaz de compadecerse de los pecados y miserias del ser humano, darle su perdón, llenarlo de amor y ternura a pesar de sus pecados. Esta enseñanza fundamental el Señor la muestra a sus discípulos de dos maneras: a través de sus obras, siempre llenas de perdón y de misericordia con los pecadores, y a través de las parábolas desde las que enseña cuál es la verdadera identidad de Dios. Cristo, una vez cumplida su misión en este mundo y vuelto al Padre, deja su misma tarea en manos



de los apóstoles para que la lleven al mundo entero. Fundamental es su enseñanza de ayudar y alentar a los pecadores a acercarse al perdón de Dios pues *“lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo”* (Mt 18, 18); esta preciosa labor de llevar el perdón divino continúa en la Iglesia a través de los siglos por medio los Obispos, sucesores de los apóstoles, y los sacerdotes como colaboradores de los Obispos. Por eso, Cristo ha seguido llamando a jóvenes al sacerdocio para que siga habiendo ministros que ayuden a acercarse a los pecadores a Dios y a la Iglesia, con la confianza de recibir su perdón a través de ellos.

La misericordia de Dios crea en nosotros esperanza y nos llena de alegría; además, nos hace conocer y vivir personalmente la alegría que Dios siente cuando un pecador se acerca a recibir su abrazo de perdón, de ternura y de misericordia. La misión de la Iglesia es acercar a los pecadores a la fuente de la misericordia. En el centro de la misericordia divina está el sacramento del perdón por medio del cual nos llega la paz y el perdón, a través de la absolución sacramental del sacerdote, que nos reconcilia con Dios y con la Iglesia. Por eso, necesitamos que siga habiendo sacerdotes en nuestra Iglesia, en nuestras comunidades cristianas, para que nos sigan enseñando que Dios es misericordioso; que el Corazón de Dios es compasivo, capaz de perdonar nuestros pecados y no abandonarnos a nuestra suerte cuando pecamos. Necesitamos que Dios siga suscitando vocaciones al servicio de la reconciliación de los pecadores; de ahí el lema de este año: *“Enviados a reconciliar”*.

Pero hoy, lo sabemos, los jóvenes tienen muchas dificultades para responder generosamente a esta misión. Estas dificultades pueden nacer por varios motivos: se encuentran muy solos en medio de una sociedad que valora sólo lo material y el pasarlo bien a costa de lo que sea; falta apoyo e ilusión desde las familias, incluso las familias cristianas; la misma fe de los jóvenes es, cuando menos, poco consistente y flaquea ante las dificultades. Nuestros seminarios están cada vez más vacíos no porque falten llamadas de Dios sino porque faltan respuestas de parte de las personas.

Frente a esta realidad, **tenemos que reaccionar todos**, no sólo el Obispo cuando unas parroquias se quedan sin sacerdote y no encuentra recambio para ellas porque no hay a quien enviar. Las vocaciones sacerdotales deben ser una **preocupación de toda la comunidad**; deben ser cultivadas por las **familias**, el primer seminario de donde han surgido las vocaciones al sacerdocio. La promoción vocacional debe ser un tema que no pueden saltarse los **catequistas** en la formación para recibir los sacramentos de la Iniciación cristiana; esta promoción vocacional debe estar presente en cualquier trabajo pastoral con jóvenes, a los que tenemos que ayudar a plantearse su vida como respuesta a lo que Dios pide de ellos. Los **sacerdotes** debemos promover las vocaciones sacerdotales desde nuestra vivencia alegre del ministerio sacerdotal y haciendo abiertamente, sin miedo, la propuesta vocacional explícita a algunos jóvenes con inquietudes. Además, **todos** podemos cumplir con el deseo de Cristo: *“La mies es mucha y los obreros son pocos; rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies”* (Mt 9, 37)

“Enviados a reconciliar”: Si queremos seguir teniendo sacerdotes que nos enseñen y nos recuerden que Dios es un Padre compasivo y misericordioso, si queremos tener ministros de la reconciliación, debemos tomarnos con muchísimo más interés la tarea vocacional y poner de nuestra parte todo lo que podamos para que siga habiendo jóvenes que se interesen por la llamada de Dios y le respondan generosamente. Que el Señor nos ayude a lograrlo.

Es Domingo de Ramos

20 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

Comenzamos hoy, Domingo de Ramos, la Semana grande de los cristianos. Grande porque en ella conmemoramos los grandes acontecimientos de nuestra salvación: la condena, pasión, muerte y resurrección de nuestro Señor por nosotros. En la Semana Santa celebramos la manifestación más clara y auténtica del amor que Dios nos tiene: Cristo es enviado por el Padre para que, entregando su vida por amor a los hombres, nos rescate del pecado y nos gane la salvación. Como escribió San Pedro: *“No hemos sido rescatados a precio de oro o plata sino a precio de la sangre de nuestro Señor Jesucristo, Cordero immaculado”* (1 Pe 1, 18)

Este Domingo de Ramos resume el significado de toda la Semana Santa: se aclama a Cristo como Rey; el pueblo de Israel lo proclama como el que viene en el nombre del Señor (*“Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor”*, escucharemos en los textos sagrados). Jesús es proclamado rey pero un rey humilde; por eso entra montado en un pollino que nunca ha sido signo de caballería real sino signo del animal humilde. Cristo aparece así como el rey humilde que no viene a ser servido sino a servir y entregar su vida por nosotros. Este mismo significado lo encontramos en la lectura de la Pasión: Cristo es rey pero su trono no lo es al modo humano; su trono es la cruz y su reinado es un reinado desde la cruz. Aclamémosle como rey por nuestras calles pues estamos convencidos de que, con su muerte y su resurrección, Él nos ha ganado la pertenencia al Reino de Dios Padre.

Con la celebración del Domingo de Ramos comenzamos la Semana Santa, nuestra semana grande. Por eso, es importante que sepamos con qué actitudes queremos vivirla y el espíritu que nos piden estos días a los seguidores y discípulos de Jesucristo. Y es que hay varias maneras de celebrar la Semana Santa; depende de la actitud que tomemos será un tiempo de gracia vivido desde Dios o un tiempo más del año sin ningún significado importante. Hoy, para muchos, los días del Triduo Pascual se aprovechan, vacíos de significado religioso, para irse de vacaciones; muchos ni se acuerdan para nada de cómo vivirlos para revitalizar la fe. Otros viven estos días como algo puramente externo, contemplando las procesiones como un espectáculo turístico, siendo meros espectadores. Otros las viven como cofrades pero sin vivir el verdadero significado de las celebraciones litúrgicas de estos días; para ellos, la Semana Santa indudablemente es una expresión de su fe pero la reducen a una mera devoción personal, a una mera tradición, a puro sentimentalismo. ¡Qué importante sería que los cofrades que salen con verdadera devoción a honrar a su “paso” en las procesiones, participaran antes en las celebraciones litúrgicas! ¡Así su vivencia de la Semana Santa y su significado serían completos!

Finalmente, gracias a Dios, muchos viven la Semana Santa auténticamente: participan en los misterios sagrados, se acercan al Sacramento del perdón, rezan ante el Santísimo en las vigiliias del Jueves Santo, viven y participan con verdadero espíritu en la liturgia de estos días, manifiestan su fe en las procesiones como expresión de lo que llevan dentro de su corazón.

Aprovechemos esta Semana Santa acompañando a Cristo que se entrega a la muerte por nosotros y resucita para que nosotros también podamos resucitar con Él, siendo salvados para poder vivir como verdaderos hijos de Dios. ¡Feliz Semana Santa para todos!



¡Feliz Domingo de Resurrección!

27 de marzo de 2016

Queridos diocesanos:

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! Alegrémonos porque lo que parecía una derrota ha resultado una victoria; Cristo sale vencedor de la muerte. Y no sólo vence la muerte para Él sino para todos nosotros. En la vida del ser humano la muerte ya no tiene la última palabra pues la última palabra la tiene la Vida de Cristo resucitado, que ha vencido definitivamente a la muerte y al pecado, y nos ha hecho partícipes a todos de su victoria.

Hoy es un día de alegría especial para nosotros. La tristeza del Viernes Santo, que hemos vivido con verdadera intensidad, se ha tornado alegría por la resurrección de Cristo; de este modo, somos llamados a vivir desde esta misma alegría: alegría por el triunfo de nuestro Salvador y alegría porque también nosotros hemos triunfado, hemos vencido y resucitaremos con Él. La liturgia de la Noche Pascual ha sido una invitación constante a la alegría a toda la creación y, especialmente, al ser humano, destinado a vivir una vida nueva y a poseer un día la Vida eterna. ¡Exulten los coros de los ángeles y todas las criaturas del Cielo! ¡Exulten la tierra y todos los seres de la creación! ¡Cristo ha resucitado y en su resurrección hemos resucitado todos! Esta pasada noche hemos cantado, en el Pregón pascual, que la muerte ya no domina en nosotros porque Cristo la ha vencido definitivamente y nos ha hecho partícipes a todos y cada uno de nosotros de su victoria.

La resurrección de Cristo pide de nosotros, seguidores suyos, que vivamos este impresionante acontecimiento con unas actitudes concretas: En primer lugar, que lo vivamos como el hecho que inunda toda nuestra vida de alegría, que da sentido a nuestro seguimiento de Jesús como discípulos suyos: nuestro seguimiento tiene sentido porque Cristo resucitado vive entre nosotros, nos sostiene, y obra en todos y cada uno de los que le seguimos. En segundo lugar, a partir de su resurrección, se nos pide que vivamos nuestra vida como verdaderos resucitados, desde una vida nueva: una vida no de pecado sino de gracia, no de tinieblas sino de luz. Finalmente, que siguiendo a los testigos de la resurrección, nos lancemos a proclamar la victoria de Cristo a pleno pulmón, sin miedos de nada ni a nadie, convirtiéndonos en testigos intrépidos de Cristo: *“Sabed todos vosotros y todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo, el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por su nombre y no por ningún otro se presenta éste aquí sano delante de vosotros”* (Hch 4, 10)

El Señor nos ha encargado a cada uno de sus seguidores que seamos sus testigos para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. En un mundo sin Dios, alérgico a lo que se refiere a Dios y a la fe, en medio de un ambiente laicista, somos enviados a ser testigos de su presencia. En un mundo sin esperanza, desde nuestra fe en la resurrección de Cristo, seamos testigos de la esperanza en la otra vida, plena y feliz. En un mundo de muerte, de terrorismo, de violencia, de mirar sólo el aquí y el ahora, seamos testigos de la vida defendiéndola aquí en la tierra y esperando con fe la posesión de la vida futura en la que ya no es posible ni el dolor ni la muerte.

Cuando hoy nos digamos *¡Felices Pascuas!* expresémosnos el deseo de que realmente resucitemos a una vida nueva siendo testigos ante el mundo de la resurrección de Cristo, viviendo como verdaderos resucitados a la fe, al amor y a la esperanza. ¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!

Fiesta de la divina misericordia

3 de abril de 2016

Queridos diocesanos:

Hoy, II Domingo de Pascua, celebramos la fiesta de la divina misericordia. El objetivo de esta preciosa fiesta es convencernos del amor misericordioso de Dios con nosotros. Jesús prometió a Santa Faustina Kowalska su misericordia, a ella le prometió el perdón total de los pecados y penas a quienes ese día comulguen; es decir, si la persona se confiesa y comulga ese día gana inmediatamente Indulgencia plenaria, obtiene el perdón total de la penas y culpas merecidas por haber pecado. El mensaje de misericordia es que Dios nos ama a todos sin importar lo grandes o los muchos que sean nuestros pecados. Él quiere que reconozcamos que su misericordia es más grande que nuestros pecados para que nos acerquemos a Él con confianza, para que recibamos su misericordia y la derramemos sobre otros, para que todos participemos de su gozo y desde Él podamos ser misericordiosos con los demás.

Tres son los objetivos que nos propone esta fiesta entrañable: **1. Pedir la misericordia de Dios:** Dios quiere que nos acerquemos a Él por medio de la oración constante, arrepentidos de nuestros pecados y pidiéndole que derrame su misericordia sobre nosotros y sobre el mundo entero. **2. Ser misericordiosos con los demás:** Dios quiere que experimentemos su misericordia en primera persona y que, desde esa experiencia, nos sintamos llamados a ser misericordiosos con los demás. **3. Mirar a Jesús y confiar en Él:** Cristo nos lleva a confiar en la misericordia divina pues todo su actuar con los pecadores estuvo siempre cargado de misericordia.

Estos tres objetivos coinciden plenamente con lo que ha buscado el Papa al convocar el Jubileo de la misericordia que estamos celebrando. El Año Santo, no lo olvidemos, nos invita a centrar la mirada en Jesucristo porque Él ha sido enviado al mundo con la misión de revelar el verdadero rostro de Dios. La nota de identidad que define el ser de Dios es ser Padre con entrañas maternas que se conmueven ante los pecadores y a los que ofrece siempre su perdón, su amor, su ternura y su cercanía. Esta identidad de Dios es la que cantan diversos salmos y distintos textos del Antiguo Testamento *“porque es eterna su misericordia”* (Sal 136) Toda la historia de la alianza de Dios con su pueblo es una historia de misericordia en la que, a la infidelidad del pueblo elegido, le sigue siempre la misericordia de Dios compasivo y misericordioso.

Pero especialmente es Cristo en el Nuevo Testamento el que nos revela el verdadero rostro de Dios conmovido ante los pecadores a los que ofrece siempre su perdón. Su actuar con los pecadores está siempre lleno de misericordia. Pero el Jubileo de la misericordia nos hace caer en la cuenta, desde su mismo lema *“Misericordiosos como el Padre”*, que la misericordia no es sólo la nota esencial de la identidad de Dios sino que es también la nota que define a los cristianos. Por eso se nos llama a que, lo mismo que el Padre es misericordioso con nosotros, lo seamos también con los demás. Cristo mismo nos lo enseñó también en la oración del Padrenuestro cuando nos dijo que teníamos que rezar diciendo: *“perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”*. El Jubileo que estamos viviendo, lo mismo que la fiesta de la divina misericordia, nos invita a acoger la misericordia de Dios para ofrecerla a los demás.

Que esta fiesta nos ayude a refrescar el precioso contenido teológico que tiene el Jubileo de la misericordia para que, comprendiendo y experimentando el perdón y la misericordia de Dios, dejemos que Él entre en nuestra vida, nos acerquemos con confianza a Él y



nos decidamos a vivir esa misma misericordia con nuestros hermanos. Que María, Madre de misericordia, reflejo de la ternura y misericordia de Dios, nos ayude a ello.

He sido nombrado Obispo de Ciudad Real

10 de abril de 2016

Queridos hermanos de Osma-Soria a los que durante ocho años os he presidido en la fe y en el amor:

Os comunico que el Santo Padre me ha nombrado Obispo de la Diócesis de Ciudad Real. El Sr. Nuncio de Su Santidad en España, Mons. Renzo Fratini, me llamó el martes día 22 de marzo para comunicármelo y fijar la fecha de publicación del nombramiento, y de la toma posesión de la nueva Diócesis que será, D. m., el día 21 de mayo.

En estos momentos albergo en mi corazón sentimientos encontrados. Por una parte, tengo muy claro que un Obispo debe estar **siempre al servicio de la Iglesia** y donde la Iglesia lo necesite, y quiero vivirlo así. De ahí que, desde el primer momento, mi razonamiento haya sido éste y así se lo expresé al Sr. Nuncio: yo estoy al servicio de la Iglesia y si la Iglesia me necesita en este momento en Ciudad Real, estoy plenamente disponible para lo que se me pide. Agradezco al Santo Padre la confianza depositada en mi pobre persona para pastorear la Diócesis de Ciudad Real a la que me envía y le expreso mi más sincera comunión y obediencia a su persona y a sus decisiones.

Por otra parte, en este momento se acumulan en mi cabeza y en mi corazón todos los **buenos momentos** que he vivido en esta amada Diócesis de Osma-Soria durante los ocho años en que he ejercido el ministerio episcopal entre vosotros. Mi agradecimiento va particularmente hacia las personas con las que he trabajado codo con codo y muy a gusto con ellas; el día a día y los grandes o pequeños proyectos pastorales que hemos ido desarrollando hacen que sienta que algo se desgarrar dentro de mi corazón al tener que abandonar esta Diócesis que me ha enseñado a ser Obispo y Pastor.

Os agradezco a todos los oxomenses-sorianos **el cariño y la acogida** que siempre me habéis dispensado en estos ocho años de servicio episcopal entre vosotros; lo mucho que he aprendido de vosotros y las respuestas tan cercanas, cariñosas y generosas que he recibido de muchos de vosotros. Especialmente quiero agradecer el trabajo pastoral de **los sacerdotes** que durante estos años me habéis demostrado de lo que sois capaces. Muchos de vosotros, muy mayores en edad pero jóvenes de corazón, me habéis dado un ejemplo de entrega y de generosidad atendiendo a las parroquias hasta que no habéis podido más. Gracias por vuestra entrega y que el Señor os lo premie.

Gracias también a **los laicos** que habéis participado de los planteamientos pastorales de la Diócesis y habéis estado presentes en todo momento en los grandes acontecimientos y celebraciones: los tres años de Misión diocesana, Semanas de la familia, el proyecto "Discípulos-misioneros" y un largo etcétera. Seguid siendo evangelizadores activos y comprometidos en las diversas tareas diocesanas.

Y gracias también a los **religiosos y religiosas** que, desde la oración y la participación activa en la Diócesis, habéis estado siempre muy cercanos al Obispo y a los planteamientos provenientes de la Iglesia diocesana.

Os pido **perdón** si en algunos aspectos no he sabido dar respuesta a lo que esperabais de mí como Pastor y Obispo, y si en alguna actuación mía no he sabido pastorearos como debía.

Por gusto personal seguiría entre vosotros pero no soy Obispo para seguir mi gusto sino para servir a la Iglesia donde me necesite, y ahora el Santo Padre me envía a la Diócesis de Ciudad Real donde seguro que voy a encontrar el apoyo, el cariño, la cercanía y la colaboración que siempre encontré entre vosotros.

Pedid desde ahora por mi nueva Diócesis y seguid pidiendo por mí como su Obispo para que en todo momento sepa dar lo mejor de mí mismo en favor de la evangelización misionera en este nuevo destino. Cuento con vuestra oración y vosotros siempre con la mía, con mi cercanía, mi recuerdo, mi amistad y mi cariño.

Un abrazo para todos y que Dios os bendiga.

Testigos del Reino de Dios

17 de abril de 2016

Queridos diocesanos:

Cristo vino a inaugurar el Reino de Dios entre los hombres. Durante su vida nos ha transmitido lo que es y lo que no es importante en ese Reino; enseñó a los hombres que lo primero era buscar el Reino de Dios y su justicia pues todo lo demás se nos dará por añadidura (cfr. Lc 12, 31) Tuvo que aclarar y defender la naturaleza del Reino que Él vino a instaurar: *“Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí”* (Jn 18, 36) A los discípulos que eligió les enseñó a conocer el Reino del que les hablaba con frecuencia precisamente porque ellos tenían que ser los continuadores en la proclamación de este Reino: *“Los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar”* (Lc 9, 2) De este modo, los Apóstoles, por encargo de Cristo, continuaron la misma misión del Maestro: extender por todo el mundo ese Reino, que es un Reino de servicio y de santidad, de la verdad y de la vida, de justicia, de amor y de paz.

Los Apóstoles, la Iglesia entera, van a entender la exigencia y autenticidad de la misión que Cristo les había encomendado y van a lanzarse, sin miedo a nada ni a nadie, a hacer presente este Reino por todo el mundo, llamando a la conversión, a ser seguidores y discípulos de Cristo a todas las gentes de todos los tiempos y lugares. La Iglesia del S. XXI tiene encomendada la misma misión de instaurar y hacer crecer el Reino de Dios en medio de una sociedad que ha perdido la valoración de Dios; en medio de un ambiente laicista en el que Dios y los valores del Reino son rechazados por los valores de un reino mundanizado. Hoy como ayer la instauración del Reino de Dios y la extensión del mismo son costosas pues tienen unas hermosas y grandes exigencias.

Hoy como ayer se nos pide a nosotros, seguidores de Cristo, que tomemos conciencia de nuestra tarea, de la misión que Cristo nos ha encomendado que no es otra que la que Él desempeñó en este mundo, así como de la dificultad y las exigencias que suponen instaurar y extender este Reino de Dios en medio de nuestro mundo. A nosotros, seguidores y discípulos de Cristo, se nos pide coherencia para vivir nuestra vida desde los valores del Reino, con valentía y decisión, con la fortaleza que Dios nos da para no dejarnos llevar por las aguas de la mundanidad.



Hemos de ser conscientes de que la implantación y extensión del Reino de Dios en nuestro mundo supone luchar contra los valores que el mundo inculca, asume y vive. Son los valores de la mundanidad del tener, del poder y del gozar sin límites como únicos valores que mueven a tantas personas. Es necesario que asumamos y vivamos el estilo de vida de Jesús; que lo vivamos en nuestra vida como lo único que va a hacer creíble nuestra misión y nuestro mensaje frente a tantos que no creen o están contra la Iglesia o son indiferentes: que nuestro testimonio cristiano les abra los ojos del corazón para poder descubrir que ser cristiano merece la pena. No olvidemos, como repetidamente han indicado santos y Papas, que el único Evangelio que muchos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo van a leer es el testimonio de vida que demos los cristianos.

Las obras de misericordia en el Jubileo

24 de abril de 2016

Queridos diocesanos:

“Misericordiosos como el Padre” es el lema del Jubileo de la misericordia que nos trae a la memoria del corazón que Dios es Padre misericordioso capaz de compadecerse de las miserias humanas. El rostro auténtico de Dios nos lo ha revelado Jesucristo con su vida y en sus enseñanzas.

Muchos de sus milagros no son sino gestos de la misericordia practicada y vivida por el Señor que se compadece de las distintas situaciones de necesidad por las que atraviesan las personas: el leproso que le pide que le limpie de la lepra (Mt 8, 2), el ciego Bartimeo (Mc 10, 46-52), la hemorroísa y la hija de Jairo (Mc 5, 21-42), la resurrección del hijo de la viuda de Naín (Mc 7, 11-17) o la mujer sorprendida en adulterio (Jn 6, 3-11)

Pero Jesús también proclama la identidad de Dios como Padre misericordioso a través de sus enseñanzas, a través de sus palabras: *“Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia”* (Mt 5, 7), *“Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo; no juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados”* (Lc 6, 36), las parábolas de la misericordia (Lc 15, 1-32) o el buen samaritano como modelo de comportamiento misericordioso (Lc 10, 33)

El lema del Jubileo no sólo transmite la identidad de Dios como Padre misericordioso sino que expresa nuestra identidad de seguidores de Cristo. El mismo Jesús nos expresa la necesidad de vivir desde la misericordia en la oración del Padrenuestro: *“Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido”* (Mt 6, 12) por eso, la vivencia y puesta en práctica de las obras de misericordia es la concreción de la misericordia que nosotros hemos de tener siempre con los demás. Este Jubileo es una ocasión maravillosa para hacer una reflexión seria y profunda sobre las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales, y un examen de cómo las estamos viviendo.

No olvidemos que las obras de misericordia las podemos vivir en la vida de cada día, en todos los lugares y con todas las personas que nos relacionamos, con las que compartimos nuestra vida; ahora bien, de una forma especial las podemos vivir en la propia familia donde todos esperamos comprensión, misericordia y perdón de los demás y ellos, a su vez, lo esperan de nosotros.

DECRETOS

Decreto de confirmación de las facultades del Vicario General y de los Vicarios episcopales

Gerardo Melgar Viciosa
Administrador diocesano de Osma-Soria

Habiéndose hecho público en el día de hoy, 8 de abril de 2016, mi nombramiento como Obispo de la Diócesis de Ciudad Real; habiendo decaído por ese hecho mi potestad como Obispo de Osma-Soria, pasando a regirla con la potestad propia del Administrador diocesano hasta el momento de mi toma de posesión de la Diócesis de Ciudad Real; habiendo decaído, igualmente, las facultades propias del Vicario general y de los Vicarios episcopales; con el ánimo de que la vida de la Diócesis de Osma-Soria no sufra merma alguna, por el presente confirmo por vía delegada las facultades propias del Vicario general y de los Vicarios episcopales, tal y como prescribe el Directorio *Apostolorum successores* (n. 233), hasta el momento en que tome posesión de la Diócesis de Ciudad Real y se produzca con todos los efectos jurídicos la vacante de la Diócesis de Osma-Soria.

Comuníquese a los designados y publíquese en el Boletín Oficial del Obispado.

Dado en El Burgo de Osma, a 8 de abril de 2016.

† Gerardo Melgar Viciosa
Administrador diocesano de Osma-Soria

Por mandato del Sr. Administrador,
David Gonzalo Millán
Secretario General



VICARÍA GENERAL

CARTAS

Solemnidad de san José

Soria, 11 de marzo de 2016

Muy estimados en el Señor:

Este año 2016 la Junta de Castilla y León ha declarado laborable el 19 de marzo. Ante la necesidad de fijar claramente el tratamiento que esta solemnidad de San José debe tener por parte de la comunidad católica, el Sr. Obispo ha dispuesto mantener en nuestra Diócesis el carácter festivo de este día. En consecuencia, ha dispuesto cuanto sigue:

1. Mantener el 19 de marzo, solemnidad de san José, como fiesta de precepto, con la obligación de participar en la Santa Misa, aunque sea laboralmente hábil.
2. Lógicamente, quedan excusados de este precepto quienes por motivos laborales, de salud u otros, no puedan cumplirlo.
3. Pedir a los párrocos que informen a los fieles con antelación de estas decisiones y acomoden en lo posible los horarios de misas a las posibilidades y necesidades de los fieles.
4. Respecto a la celebración después de la hora de nona del día 18 de marzo, de acuerdo con las indicaciones del Calendario litúrgico pastoral de la CEE, se celebrará misa vespertina de la solemnidad de san José. Para la misa vespertina del día 19 de marzo se utilizará el formulario del Domingo de Ramos.

Con afecto, un saludo cordial en el Señor.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Despedida del Sr. Obispo de la Diócesis

El Burgo de Osma, 25 de abril de 2016

Queridos hermanos:

El pasado 8 de abril la Santa Sede hizo público el nombramiento de D. Gerardo como obispo de Ciudad Real. Tras la sorpresa inicial, damos gracias a Dios por los ocho años transcurridos al servicio de nuestra Diócesis de Osma-Soria y auguramos para él las bendiciones de Dios para la nueva tarea que el Santo Padre le encomienda en la diócesis manchega.

La despedida oficial de la diócesis está prevista para los días 14 y 15 de mayo. En concreto, el sábado 14 la celebración eucarística de despedida tendrá lugar en la Concatedral de San Pedro de Soria a las 12.00h., y el domingo 15 en la Catedral de El Burgo de Osma a las 13.00h. Invito a todos a participar en una u otra sede y a que animéis a los fieles a que acudan también.

Por otra parte, la celebración de toma de posesión en Ciudad Real será el día 21 de mayo a las 12.00h. en la Catedral. Con este motivo y para facilitar el viaje a Ciudad Real de todos aquellos que deseen acompañar a D. Gerardo en su toma de posesión, se ha pensado poner un autobús que saldrá de Soria. El precio del viaje será de 20 euros y se deberá llevar bocadillo para comer tras la celebración. La salida de Soria será a las 6 de la mañana (Rincón de Bécquer) y el regreso antes de las 21.00h. Las personas interesadas deberán comunicarlo a D. Tomás Oliva Crespo, tf. 609 557 802, antes del día 16 de mayo. Urge, por tanto, anunciarlo a los fieles y animarles a participar.

Sin otro particular, y reiterando la invitación a pedir a Dios por D. Gerardo, para que le ayude a desempeñar el ministerio episcopal en la diócesis de Ciudad Real con el mismo ardor y entrega con que lo ha hecho en la nuestra, recibid un cordial saludo.

El Vicario General
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán



OTROS

Discurso en la Misa de despedida de la Diócesis de Osma-Soria del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa

Santa Iglesia Concatedral de Soria, 14 de mayo de 2016

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Burgos
Reverendísimo P. Abad de Santa M^a de Huerta
Ilustrísimo Cabildo Concatedral
Hermanos sacerdotes
Ilustrísimas autoridades
Hermanos todos
Querido D. Gerardo

Nunca hubiésemos querido vivir esta celebración de despedida, pero, como usted nos ha enseñado, hay que estar siempre dispuestos a entregarse y darse sin reservas, teniendo constantemente en el horizonte el bien de la Iglesia y el servicio evangélico a los hermanos.

Hay un texto bíblico que hemos oído no pocas veces y que hoy resuena de manera muy particular: “Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré” (Gn 12, 1). Así de misterioso y taxativo se muestra el relato en el que Dios invita a Abraham a comenzar su éxodo. La peregrinación está inscrita en la entraña del pueblo judío y forma parte del mandato misionero que ha vivido el cristianismo. Acaso hemos vivido tantas veces lo mismo que pudo experimentar nuestro bíblico padre en la fe: que cuando uno puede haberse habituado a un entorno, a una compañía o a un quehacer, sucede que Dios mismo te desarraiga para poner de nuevo tus pies en movimiento, asomar tus ojos a un horizonte distinto y deslizar en tus manos una nueva encomienda con la que seguir sembrando los caminos del mundo de la semilla sanadora del Evangelio.

No es posible reflejar en unas líneas lo que usted ha sido para muchos a través de su encuentro personal. Sólo Dios sabe lo que ha sembrado en el corazón de sus diocesanos. Por eso, únicamente señalaré algunos motivos objetivos de nuestro agradecimiento por el tiempo en que ha sido nuestro obispo.

Haciéndome eco del sentimiento y afecto de la Iglesia en Osma-Soria, quisiera transmitirle nuestro más profundo reconocimiento por su identidad tan transparente de pastor, de padre y amigo, haciendo fácil el anuncio del Evangelio a través de la acogida personal, del encuentro, de ponerse en la calle y hacer visible que la vida del Reino de Dios es presencia y alegría. En su entrada oficial en la ciudad de Soria, en este mismo templo, el 12 de julio de 2008, nos dijo: “Queridos sorianos: es para mí un gran gozo celebrar la eucaristía en esta Concatedral de Soria, con la presencia del Cabildo, de las autoridades de la ciudad, de los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos de Soria. Quisiera hacer más aquellas palabras de San Agustín hablando de su relación con los fieles cristianos a él encomendados, a los que decía: Con vosotros soy cristiano, para vosotros soy obispo”. Y nos manifestaba su deseo de que lo recibiéramos como hermano y como pastor. ¡Ojalá hayamos sido capaces de expresarle la cercanía propia de los hermanos y el respeto debido a un padre!

Quisiera tributarle un vivo reconocimiento por su gran creatividad para abrir caminos a Jesucristo en medio de nuestra sociedad, buscando constantemente convertir el Evangelio en Buena Noticia para todo ser humano y para toda realidad humana. La Misión diocesana "Despertar a la fe" que puso en movimiento a la Diócesis durante tres cursos pastorales fue una verdadera gracia de Dios que nos ayudó a tomar conciencia de que, como Iglesia, debemos salir a los caminos para anunciar a todos la alegría del Evangelio. En el Decreto de convocatoria de la Misión (8 diciembre 2011) escribió: "Pretendemos poner a toda nuestra Diócesis de Osma-Soria en actitud misionera ante la realidad de que nuestras gentes se van descristianizando más rápido y son muchos más los alejados de la fe, de la Comunidad eclesial y los indiferentes que los que viven su fe y tratan de hacerla realidad en sus vidas". El camino trazado por esa experiencia misionera debemos aprovecharlo en bien de la evangelización de nuestros hermanos; no permitamos que caiga en saco roto el caudal de gracias que hemos recibido.

Reconocimiento por la huella de compromiso, de comprensión y apoyo para todos (sacerdotes, religiosos, laicos y seminaristas), dejando su olor de buen pastor en cada uno de los que formamos esta Iglesia. Parafraseando al Santo Padre, usted ha adquirido olor a oveja de tanto llevar a los fieles el buen aroma de Cristo.

Agradecimiento porque, por medio de usted, nuestras comunidades parroquiales han recibido el aliento para profundizar en el misterio de Dios y para aunar, como Iglesia, esfuerzos y compromisos. Para ello, no ha evitado esfuerzos por salir, conocer y querer a todos, haciendo que todos nos hayamos sentido necesarios para hacer realidad el proyecto de Dios. Las visitas pastorales a las diversas zonas de la Diócesis le han permitido conocer la hidalguía y lealtad que caracterizan a esta tierra castellana así como la hondura de las virtudes humanas y cristianas de sus gentes.

Agradecimiento por motivar a nuestros jóvenes en el compromiso de la oración asidua y del compromiso, y por haber hecho que se sientan enviados como misioneros de otros jóvenes. El proyecto "Discípulos misioneros", objeto central del Plan pastoral de este curso, queda como un legado valioso para continuar descubriendo a los laicos, y especialmente a los jóvenes, la belleza serena del seguimiento de Cristo.

Agradecimiento por contagiarnos el valor de la vocación sacerdotal, y por poner a nuestro Seminario como lugar central en nuestra diócesis y referencia para todos los que quieran responder a Dios como servidores desde el ministerio ordenado. Usted ha sido el primer animador vocacional y esta huella la acogemos con ilusión y empeño. Como escribiera en la Carta pastoral que dedicó a nuestro Seminario diocesano el 8 de agosto de 2012: "El Señor y la Iglesia necesitan jóvenes valientes y generosos para seguir acercando a los hombres a Cristo y Cristo a los hombres. Permitidme que concluya con las palabras del Papa Benedicto XVI al final de su "Carta a los seminaristas" de octubre de 2010: 'Queridos seminaristas: con estas líneas he querido mostraros lo mucho que pienso en vosotros, especialmente en estos tiempos difíciles, y lo cerca que os tengo en la oración'".

Agradecimiento por su interés paternal por todos y cada uno de los sacerdotes. No ha escatimado tiempo ni oportunidades para estar a nuestro lado: con los más mayores, con los enfermos, con los que están pasando por situaciones difíciles, rezando por nosotros y con nosotros, haciéndonos amar la vocación que hemos recibido. En el discurso que dirigió a la Diócesis el día de su ordenación episcopal el 6 de julio de 2008 nos decía: "Cuento con



la colaboración inestimable de todos los sacerdotes... Juntos en unidad, comunión y colaboración, iremos escribiendo con buena caligrafía la historia evangelizadora de la Diócesis". Esperamos humildemente no haber echado demasiados borrones en esa historia.

Agradecimiento por su constante magisterio. Durante sus ocho años como Obispo de la sede oxomense-soriana ha publicado más de 400 cartas semanales y siete Cartas pastorales, varias de ellas dedicadas a la evangelización de la familia, tema prioritario en su ministerio pastoral.

Agradecimiento profundo porque ha guiado esta diócesis buscando el camino de la unidad en nuestra Iglesia, poniendo siempre a Jesucristo como modelo y camino al servicio de la Verdad de Dios. Y para esto, como tantas veces nos ha señalado y pedido, hay que estar visibles y dispuestos, en camino y en búsqueda. Toda una referencia a abrir el Evangelio y llevarlo a las periferias de nuestras vidas y de nuestras familias, de nuestras parroquias, de nuestra sociedad. Como dijera el recordado Benedicto XVI: contentarnos con lo que ya tenemos es una forma anticipada de morir y la Iglesia tiene que aprender (y aprende cada día) nuevas formas de hacerse presente en un mundo en permanente cambio, aturdido y altivo pero sediento de Dios (Viaje apostólico a Portugal, mayo 2010).

Agradecimiento, Don Gerardo, porque hemos visto y sentido que su corazón nos ha amado y siempre ha buscado caminos para demostrarlo. Los que hemos tenido la fortuna de trabajar más cerca de usted, sabemos que usted no improvisa, todo lo trata previamente con el Señor. Las primeras horas del día siempre han estado reservadas para el encuentro reposado con Dios. Nada es para usted tan importante como el alimento espiritual de la oración, pues, como recuerda el Directorio *Apostolorum successores*: "El obispo tendrá siempre presente que su santidad personal no queda nunca a un nivel solo subjetivo, sino que en su eficacia redundan en bien de quienes han sido confiados a su cuidado pastoral [...] El obispo, bien convencido de que de nada sirve la acción si falta el estar con Cristo, debe ser un enamorado del Señor" (n. 33).

Querido Don Gerardo, cada día, cuando celebre la Eucaristía y eleve para su adoración el Cuerpo y la Sangre de Cristo, le pido que tenga una oración por esta Iglesia en Osma-Soria. Hemos tenido un buen pastor, un mejor padre y un muy cercano amigo. Aquí estará siempre su casa, su familia y su porción de Iglesia, que se compromete a seguir creciendo bajo la guía y estímulo de su sucesor.

Queremos mostrarle nuestro agradecimiento con un regalo que estamos seguros que usted valorará y con el que nos hará presente en su corazón cada día: un báculo en el que hemos colocado su escudo episcopal y la efigie del beato Juan de Palafox y Mendoza, cuyo proceso de beatificación culminó durante su pontificado teniendo la dicha de recibir en su Catedral al Legado papal que, en nombre de Benedicto XVI, presidió la ceremonia de beatificación.

Querido Don Gerardo: sentimos profundamente su marcha, pero no podemos por menos de agradecer a Dios el regalo de su persona durante estos ocho años. Le deseamos un fructífero ministerio en la Diócesis de Ciudad Real. Nosotros le dejamos abiertas las puertas de nuestra hospitalidad para que nos visite cuando desee, así como el lazo indeleble de la amistad.

Que el Señor le bendiga y le proteja, ilumine su rostro sobre usted y le conceda la paz (cf. Num 6, 22-27).

Misa de despedida de la Diócesis de Osma-Soria del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa

Santa Iglesia Catedral de El Burgo de Osma, 15 de mayo de 2016

Ilustrísimo Cabildo Catedral

Hermanos sacerdotes

Ilustrísimas autoridades

Hermanos todos

Querido Don Gerardo

Nos reunimos hoy en esta Catedral, Iglesia Madre de la Diócesis, donde el Obispo tiene su sede para anunciar la Palabra y su altar para celebrar la Eucaristía que es memorial agradecido de la Muerte y Resurrección de Jesucristo. Nos reunimos como lo que somos, hijos del mismo Padre, para darle gracias por su misericordia, por su providencia y su ternura manifestada en Jesucristo y comunicada por el Espíritu Santo. Nos reunimos como Iglesia diocesana que camina por estas tierras de Osma-Soria, encomendada a la atención pastoral de un Obispo, que tiene su sede en El Burgo de Osma, y que nos congrega en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y la Eucaristía. Nos reunimos para dar gracias por lo que somos y pedir perdón por nuestros pecados.

En este luminoso día queremos dar gracias como Iglesia, sacerdotes, consagrados y laicos, por un miembro eminente de la misma, Don Gerardo, por su persona y por su ministerio episcopal entre nosotros durante los últimos ocho años, por usted que vino de la Iglesia hermana de Palencia y se dispone a comenzar su singladura episcopal en Ciudad Real.

En este tiempo, Don Gerardo ha sido entre nosotros reflejo del Padre, que es compasivo y misericordioso, presencia del Hijo, Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia, testigo del Espíritu, que guía y alienta a la Iglesia en un continuo Pentecostés.

Queremos agradecer a Dios y darle las gracias a usted por el don y la gracia de su ministerio entre nosotros. Gracias, Don Gerardo, por su oración ante Dios por nosotros, por el afecto demostrado con obras y palabras, por sus trabajos, esfuerzos, iniciativas, desvelos, alegrías y sufrimientos, por su entrega total para confirmarnos en la fe, alentarnos en la esperanza y unirnos en la caridad, servidora y samaritana.

En este momento quisiera desgranar año por año, día por día, y detenerme y repasar agradecida y cordialmente el ejercicio de su oficio de pastor entre nosotros. Pero no es posible; destacaré sólo algunos aspectos y realizaciones:

Agradecimiento por su cercanía a los sacerdotes, especialmente a los jóvenes, a los mayores, a los que sufren y a los enfermos. A lo largo de estos ocho años hemos tenido la suerte y la alegría de ser sus presbíteros y hemos trabajado apostólicamente y participado en el mismo sacerdocio de Jesucristo. Algunos compañeros y hermanos sacerdotes han fallecido, a los que usted visitó, atendió y presidió sus exequias. Por todo ello, nuestro agradecimiento.

Agradecimiento también por su apuesta decidida por el Seminario y los seminaristas. En su última Carta con motivo del Día del Seminario nos recordaba: "Las comunidades



cristianas en su conjunto, apreciando y valorando la tarea sacerdotal, deben ser instancias que animen a los jóvenes a ponerse al servicio de Dios y de sus hijos. Los sacerdotes han de promover las vocaciones sacerdotales desde un doble ángulo: desde la vivencia gozosa del sacerdocio, y haciendo abiertamente y sin miedo la propuesta vocacional explícita a algunos jóvenes con particulares inquietudes, para que lo piensen, lo maduren y puedan responder" (13 de marzo de 2016).

Agradecimiento por las visitas pastorales a las parroquias de nuestros pueblos, incluso a los más lejanos y despoblados. En el inicio de la visita pastoral que realizó a la UAP de El Burgo de Osma escribió: "Quiero conocer de cerca la vida, los problemas, las alegrías y esperanzas, las distintas situaciones en las que viven los fieles que forman el rebaño que me ha sido encomendado por Jesucristo. Por otra parte, por medio de la Visita, tengo la oportunidad de comunicarme con los fieles y los fieles conmigo; por eso, es un momento precioso para que pueda ejercer mi oficio de padre y pastor demostrando un amor especial por los más pobres y necesitados, por los ancianos y los enfermos, por los más necesitados de ayuda y de ánimo" (30 de octubre de 2013).

Agradecimiento por su empeño en la promoción de la pastoral juvenil. En esta tierra nuestra gozamos con la experiencia de las personas mayores pero echamos en falta la implicación de los jóvenes en la vida eclesial, ellos que son el futuro de la sociedad y de la Iglesia. De ellos se ha preocupado especialmente y ha tratado de abrir caminos a nuevas formas de evangelización.

Agradecimiento por la iniciativa valiente, la preparación y culminación de los tres años de Misión diocesana, iniciativa que pretendió asumir el espíritu que Benedicto XVI nos pedía en aquel momento a toda la Iglesia en su Carta Apostólica "Porta fidei" con la que el Papa llamaba a toda la Iglesia a "redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo" (n. 2).

Agradecimiento por haber promovido la participación y corresponsabilidad en toda la diócesis de los laicos y su particularísima preocupación por la familia como vehículo para la transmisión de la fe. Una parte no pequeña de su magisterio episcopal ha estado orientada en esta dirección. Ya en el primer Discurso que dirigió a la Diócesis en la tarde de su ordenación, nos recordó en este mismo templo que "si la familia ha sido siempre de capital importancia como lugar de humanización y evangelización, hoy, en una sociedad secularizada como la nuestra, tiene una importancia especial como plataforma de transmisión de valores humanos y cristianos. La sociedad no transmite determinados valores esenciales para la persona; de ahí que la responsabilidad de la familia sea mucho más viva y rica. Es la familia el ámbito más propicio donde se aprende a ser persona y creyente" (6 de julio de 2008).

Agradecimiento por sus iniciativas tendentes a paliar los efectos lamentables de la reciente crisis económica, animando a todos, pero especialmente a los sacerdotes, a ser generosos con los propios bienes teniendo presente las necesidades primarias de tantas personas. Su ejemplo de generosidad y desprendimiento ha animado a muchos a ser más solidarios y caritativos.

Agradecimiento por su sabia palabra y su buen hacer en las tareas de gobierno, con determinación y prudencia a la vez. Gracias por la confianza que nos ha dado a quienes hemos tenido la oportunidad de trabajar muy cerca de usted.

Durante estos años ha sido testigo de importantes acontecimientos de la vida diocesana: clausuró a las pocas semanas de su llegada la celebración del 425º aniversario de la fundación del Seminario diocesano (2008), impulsó numerosas efemérides como el 50º aniversario de la nueva denominación de la Diócesis de Osma-Soria (2009), el 5º centenario del nacimiento de Diego Laínez (2012), la coronación canónica pontificia de la imagen de Nuestra Señora del Rivero (2009) o la exposición de Las Edades del Hombre en Soria (2009). También ha consagrado dos nuevos templos: el de la parroquia de San José en Soria (2009) y el del Espíritu Santo en Golmayo (2015).

Después de ocho años hemos podido comprobar cómo se ha entregado en cuerpo y alma al servicio de esta centenaria Diócesis oxomense. Su agenda ha estado repleta todos los días. Podríamos aplicarle las palabras de san Pablo a los corintios: "Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo a todos para salvar como sea a algunos. Y todo lo hago por la Buena Noticia, para participar de ella" (1Cor 9, 22-23). Ha sido patente su inquietud por todos los campos de la pastoral: le han preocupado los jóvenes, los enfermos, los parados, los alejados y no creyentes, la nueva evangelización, la familia, la situación de nuestros pueblos, los más solitarios, los de menos posibilidades: a todos ha llevado en el corazón.

Pero también la Eucaristía es para pedir. Como pobres que somos también pedimos y le pedimos su perdón generoso por los disgustos y sufrimientos que le hemos ocasionado en el transcurso de estos años. Le rogamos que sepa perdonar cuanto no supimos hacer a la hora de ayudarle a hacer más eficaz su ministerio episcopal. Le pedimos también que se acuerde de nosotros, Don Gerardo, en la Eucaristía, como nosotros le recordaremos cuando en la fracción del Pan, signo de unidad y vínculo de caridad, oremos por toda la Iglesia, extendida por toda la tierra, en comunión con el Papa Francisco, nuestro próximo Obispo y todos los pastores de la Iglesia.

Que el Señor le ilumine para que siga siendo como es y lo que es: un pastor según el Corazón de Cristo, sabio, prudente, noble, castellano, que va delante del rebaño para guiarlo, en medio del rebaño para acompañarlo, y detrás para que no se pierda ninguno y todos mantengan la unidad en la caridad.

Sentimos profundamente su marcha, pero no podemos por menos de agradecer a Dios el regalo de su persona durante estos ocho años. Le deseamos un fructífero ministerio en la Diócesis de Ciudad Real. Nosotros le dejamos abiertas las puertas de nuestra hospitalidad para que nos visite cuando desee, así como el lazo indeleble de la amistad.

Que la Virgen del Espino, mujer creyente, madre de la esperanza y señora de la caridad, interceda siempre por usted y le acompañe con su protección; igualmente pedimos la intercesión de san Pedro de Osma y santo Domingo de Guzmán y de todos los santos y beatos de nuestra amada Diócesis.



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha 19 de marzo el Sr. Obispo ha nombrado a D. Rubén Tejedor Montón, Director del Aula de teología del Campus de Soria de la Universidad de Valladolid.

OTROS

Con fecha 8 de abril el Sr. Obispo D. Gerardo Melgar Viciosa, como Administrador Diocesano de la Diócesis, ha confirmado por vía delegada las facultades propias del Vicario General y de los Vicarios episcopales.

IN MEMORIAM

Rvdo. Sr. D. Luciano Jiménez Ortega

En la madrugada del sábado 2 de abril falleció en la Casa diocesana el presbítero Luciano Jiménez Ortega. El funeral, presidido por el Obispo y concelebrado por más de setenta sacerdotes, se celebró en la parroquia del Espino (Soria) donde su cadáver fue velado durante toda la noche del domingo por fieles de la parroquia.

D. Luciano nació en Acrijos (Soria); fue ordenado en El Burgo de Osma el 14 de julio de 1963. Tras ejercer el ministerio en varias parroquias y en la *Frater*, entre otros, su última encomienda pastoral fue la capellanía del Hospital "Virgen del Mirón" (Soria); era presbítero de la primera comunidad del Camino Neocatecumenal.

Rvdo. Sr. D. Albino Tutor Sainz

El jueves 14 de abril fallecía en Madrid el sacerdote diocesano Albino Tutor Sainz. El funeral se celebró al día siguiente en la S. I. Catedral de El Burgo de Osma y fue presidido por el Vicario General, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán.

Albino Tutor Sainz nació en Mazalvete (Soria) el 16 de diciembre de 1929. Fue ordenado sacerdote en la iglesia de San Juan de Rabanera (Soria) el 4 de julio de 1954. Sus primeros destinos pastorales fueron el Seminario diocesano y la parroquia de Ólvega; más tarde se trasladó a Puerto Rico donde impartió clases en la universidad. A su regreso y hasta su muerte colaboró pastoralmente en la parroquia de Santa María Magdalena, de Humera, en Pozuelo de Alarcón (Madrid).

VIDA DIOCESANA

24 horas para el Señor

La ciudad de Soria se unió a la iniciativa "24 horas para el Señor" propuesta por el Santo Padre desde hace tres años para celebrar en Cuaresma. El viernes 4 de marzo, también como colofón a las charlas cuaresmales, el Obispo presidió la Santa Misa en la parroquia de El Salvador a las 20.00h.; en la celebración hubo también tiempo para las confesiones individuales. Al término de la Santa Misa quedó expuesto el Santísimo hasta las 18.00h. del sábado 5 de marzo. Durante todas las horas, las parroquias y grupos se fueron alternando para velar y orar ante Jesús Eucaristía. Además, en todo momento hubo sacerdotes disponibles para confesar a los fieles que lo desearan.

30 parejas en el VI encuentro del Obispo con los matrimonios

El domingo 6 de marzo, IV Domingo de Cuaresma, tuvo lugar en el Colegio de los PP. Escolapios (Soria) el VI encuentro de matrimonios con el Obispo. Treinta matrimonios participaron en esa jornada que arrancaba a las diez de la mañana. Durante toda la mañana los matrimonios se dedicaron a orar y trabajar en torno a lo que significa la vivencia del matrimonio cristiano y, en este Año Jubilar, a reflexionar sobre la misericordia divina. Antes de comer se celebró el sacramento de la reconciliación. Después todos los participantes en el encuentro (los matrimonios, los sacerdotes, el Obispo, los niños, etc.) comieron juntos.

La tarde estuvo dedicada fundamentalmente al diálogo en pareja: los esposos reflexionaron sobre el estado de su vida matrimonial, de la vivencia de la fe en el matrimonio, del cuidado de los hijos, etc., para terminar realizando un proyecto de vida en común. La jornada concluyó en la S. I. Concatedral de San Pedro. Allí los participantes en este VI encuentro pudieron cruzar la Puerta Santa (la Concatedral es templo jubilar), ganar la indulgencia plenaria en este Año Santo de la misericordia y celebrar la Santa Misa presidida por el Obispo oxomense-soriano.

Más de 260 sorianos peregrinan al castillo de San Francisco Javier

El sábado 12 de marzo, bajo el lema "Peregrinos de la misericordia" y coordinados por la Delegación episcopal de infancia y juventud, más de 260 sorianos (muchos de ellos niños, adolescentes y jóvenes) participaron en la segunda Javierada de 2016,



peregrinación que parte de Sangüesa y concluye 8 km. más adelante en el castillo de San Francisco Javier.

La salida tuvo lugar a las 9 de la mañana desde la capital soriana. Este año los peregrinos pudieron visitar, en el camino hasta Sangüesa, Puente La Reina y la bellísima ermita de Santa María de Eunate. En los alrededores de la ermita compartieron la comida tras la que, a las tres de la tarde y llegados a Sangüesa, participaron en el Vía Crucis hasta el castillo de Javier. Terminado el acto penitencial, en la explanada del Castillo los peregrinos participaron en la Santa Misa presidida por el Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, Mons. Francisco Pérez González; en la Eucaristía concelebraron los presbíteros diocesanos que acompañaban a sus parroquias en la peregrinación. Tras un tiempo de asueto y descanso en Javier regresaron a Soria adonde llegaron cerca de las once de la noche.

Las cofradías y la misericordia

Tal y como hizo el año pasado, la Delegación episcopal de cofradías editó -de cara a la Semana Santa 2016- un díptico dirigido a los cofrades sorianos con la intención de resaltar valores o actitudes religiosas de estas hermandades, intentando ayudarles en su desarrollo cristiano.

En esta ocasión, al celebrar la Iglesia el Año Santo de la misericordia, el díptico llevaba por título “Las cofradías y la misericordia”; en él se hacía repaso de lo que supone el Año Santo para los creyentes, la importancia de la misericordia en sus vidas y cómo la práctica de las obras de misericordia ha sido históricamente muy relevante en las cofradías. Finalmente se aludía a la necesidad de que las hermandades se acomoden a los tiempos actuales y continúen practicando estas obras de misericordia. El díptico finalizaba insistiendo en que los actos y actividades de las cofradías debían impregnarse de misericordia; de lo contrario, no tendrán sentido desde un punto de vista religioso.

La Casa de acogida “Beato Palafox” ha sido reabierta

La Casa de acogida “Beato Palafox”, proyecto de Cáritas diocesana especialmente querido por el Obispo de Osma-Soria en este Año de la misericordia como “un especial gesto de amor hacia los más necesitados”, fue reabierta en la tarde del lunes 14 de marzo con una sencilla celebración que presidió Mons. Melgar Viciosa. El acto de bendición fue presidido por el Obispo aunque también estuvieron presentes, junto con los residentes, el director de Cáritas diocesana, el Secretario, el delegado episcopal y otros miembros del equipo de dirección y de trabajadores de Cáritas en la Diócesis.

Los residentes, tras las palabras alentadoras y cariñosas del Obispo, han agradecieron “a Cáritas, a cada uno de ustedes y a Dios” la puesta en marcha de la Casa de acogida “Beato Palafox”. La encargada del proyecto es Miriam Recio Martín, hasta ahora encargada del proyecto de infancia de Cáritas diocesana.

Semana vocacional

Como cada año, al llegar la Solemnidad de San José, la Iglesia recuerda la importancia y la necesidad de trabajar por las vocaciones al sacerdocio ordenado. En este marco, junto con el Día del Seminario, la Delegación episcopal de pastoral vocacional programó una serie de actos con los que pretendió dar a conocer esta llamada que Dios sigue haciendo, y mostrar la importancia y necesidad del trabajo en este apasionante campo de interpelear a las conciencias de los jóvenes para que descubran a qué les está llamando Dios.

Con este fin, se organizaron distintas actividades:

- Viernes 11 de marzo a las 20.00h.: Vigilia de oración por las vocaciones en la iglesia de San Juan de Rabanera (Soria).
- Domingo 13 de marzo a las 12.00h.: Santa Misa presidida por el Obispo en la parroquia de Santa Bárbara (Soria) con motivo del Día del Seminario.
- Lunes 14 de marzo a las 14.00h.: Encuentro con universitarios en el Campus Universitario de Soria.
- Miércoles 16 de marzo a las 17.00h.: Vídeo-fórum vocacional en el coro de la parroquia de La Mayor (Soria).
- Jueves 17 de marzo a las 17.00h.: Vía crucis vocacional por las calles de Soria partiendo de la parroquia de La Mayor hasta la parroquia de El Salvador (Soria).
- Viernes 18 de marzo a las 17.00h.: Testimonios vocacionales en la plaza de San Estaban (Soria). Por la tarde, a las 20.30h., oración vocacional en la iglesia de San Juan de Rabanera (Soria).

Según el delegado de pastoral vocacional, Pedro L. Andaluz Andrés, *“el único fin de estas actividades es presentar ante nuestra sociedad esta vocación específica de vida cristiana a la cual Dios sigue llamando a muchos jóvenes. Pero todo esto carecería de sentido si no se lleva a cabo esta labor en las familias y en las parroquias: en las familias, con una vivencia auténtica de la fe; y en las parroquias haciendo esta propuesta de forma valiente y alegre por parte de los sacerdotes y catequistas”*. Además, continúa, *“seguimos invitando a toda la comunidad diocesana a rogar al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies pues, como nos recordaba San Juan Pablo II, toda la comunidad cristiana tiene el deber de fomentar las vocaciones y debe procurarlo, ante todo, con una vida plenamente cristiana”*.

Santa Misa Crismal

El 23 de marzo, Miércoles Santo, puerta del Triduo Pascual, la Iglesia que peregrina en Osma-Soria celebró la Santa Misa Crismal en la S. I. Catedral de El Burgo de Osma a las doce del mediodía. La solemne concelebración eucarística estuvo presidida por el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa; con él concelebraron la mayor parte de los presbíteros diocesanos. Antes de la Santa Misa, a las once de la mañana, los sacerdotes fueron convocados a participar en la celebración del Sacramento del perdón que presidió Mons. Melgar Viciosa en la capilla de Santo Domingo del Seminario diocesano.



“Elías y el ángel” en Aqua

El tapiz “Elías y el ángel”, de la serie de la Apoteosis de la Eucaristía que se encuentra en la iglesia parroquial de San Millán de la Cogolla, en Oncala, fue la pieza que aportó la Diócesis de Osma-Soria a la exposición “Aqua” en Toro, la XXI del ciclo de Las Edades del Hombre.

La obra fue presentada el lunes 28 de marzo por el responsable del departamento de arte de la Fundación de Las Edades, José María Vicente; el Vicario episcopal de patrimonio de la Diócesis, Juan Carlos Atienza, y el delegado territorial de la Junta de Castilla y León en Soria, Manuel López. El tapiz, obra de Frans van den Kecke a partir de un cartón copia de un original de Rubens, está fechado a mediados del s. XVII, confeccionado en seda y lana, y tiene unas dimensiones de 408 por 410 centímetros. La obra, que corresponde al grupo de premoniciones de la Eucaristía, se expone en el segundo capítulo de “Aqua”, donde aparecen distintas escenas del Antiguo Testamento con el agua como elemento conductor. El tema del tapiz corresponde a la visita de un ángel que recibió al profeta Elías cuando se encontraba en el desierto huyendo de la persecución de la reina Jezabel. La escena se desarrolla en el exterior de una gruta por lo que el artista se permitió el esbozo de un paisaje que se pierde en la lejanía.

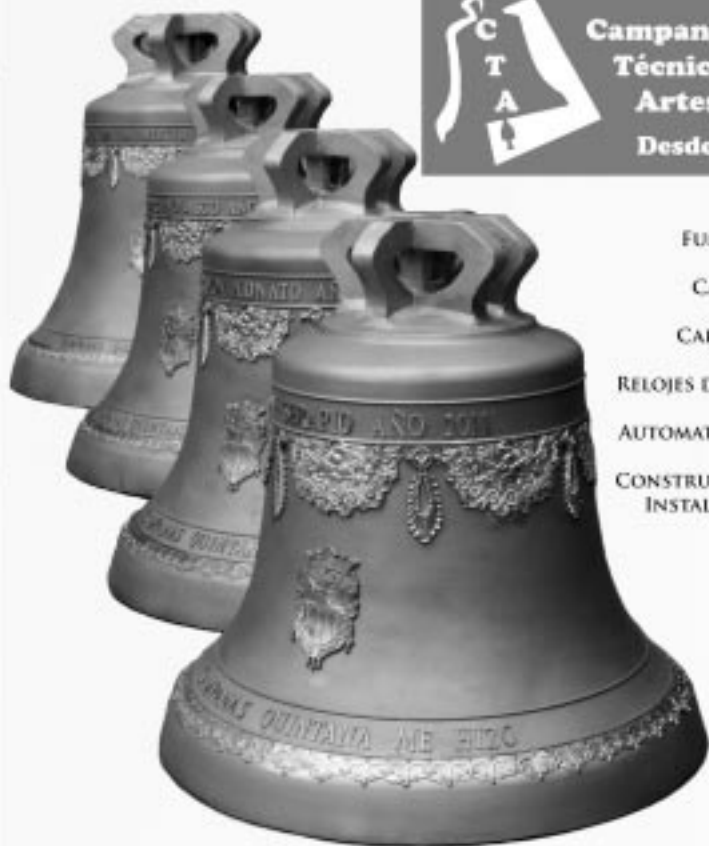
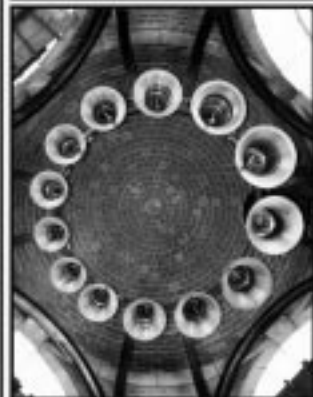
Actividades de Manos Unidas

Los días 1, 2 y 3 de abril, la localidad de El Burgo de Osma acogió la celebración del “IV garbanzo solidario” para recaudar fondos para los proyectos de Manos Unidas; el Mesón Marcelino, restaurante de la Villa episcopal, fue el encargado de organizar el acto. Así mismo, la capital acogió la “operación bocata” el sábado 2 desde las 11.00h. hasta las 18.00h. en la plaza de Herradores. Finalmente, El Burgo de Osma celebró también la “operación bocata” el jueves 14 de abril en la Plaza Mayor durante toda la mañana.

La Diócesis de Osma-Soria con Ucrania

El Papa Francisco anunció el 3 de abril la organización de una colecta especial en todas las Iglesias católicas de Europa con el objeto de ayudar humanitariamente a quienes viven el drama de las consecuencias de la violencia en Ucrania. Mons. Gerardo Melgar Vicioso, Administrador diocesano de Osma-Soria, pidió a los presbíteros diocesanos que realizaran esta colecta en toda la Diócesis el domingo 24 de abril y que la enviaran *“con celeridad a la Administración diocesana para dar cumplimiento sin demora al deseo del Santo Padre”*.

Mons. Melgar Vicioso se unió a los sentimientos del Papa que afirmaba: *“Pienso en el drama de los que sufren las consecuencias de la violencia en Ucrania, de aquellos que permanecen en las tierras trastornadas por las hostilidades que han causado ya miles de muertos y de cuantos -más de un millón- se han visto empujados a dejarlas por la grave situación que todavía perdura. Los afectados son, sobre todo, los ancianos y los niños”*. Así mismo, siguiendo los deseos del Santo Padre, invitó a los fieles *“a participar en esta iniciativa con una aportación generosa”*.



**Campaneros
Técnicos
Artesanos
Desde 1637**

FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

16  37
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.net

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España

